

Por el páramo

“Cuéntanos, pues, tu historia, viajero”.

Los arropaba una noche fresca, tranquila y propicia para relatar o escuchar al calor de aquella hoguera, perdida en la oscuridad del páramo. Sin embargo, la amenaza de acabar siendo pasto de aquellos animales, unas veces llamados cerdos y otras, marranos, le producía un desasosiego que atenazaba su garganta. Solamente el crepitar de las llamas desafiaba el silencio. Por lo demás, ni un murmullo, ni una tos, ni tan siquiera la respiración se oía de los que estaban esperando su relato: los nómadas. El baile de llamas mezclaba sus rostros, convirtiéndolos en una gran masa humana con decenas de ojos pendientes de él.

“De donde yo vengo...”, intentó articular, pero sus cuerdas vocales se hallaban enmarañadas como las cerdas de lino con las que se hacen las sogas.

“¡Bebe!”, le ordenó la nómada mientras le ofrecía con el brazo estirado una especie de pellejo hinchado.

Se acercó la prominencia del pellejo a la boca y empezó a sorber con gran esfuerzo. Por alguna razón que no alcanzaba a comprender, todos los nómadas, desde los viejos hasta los niños, comenzaron a reírse de él; todos menos ella.

“Así no”, le espetó con una mezcla de desdén e impaciencia a la vez que le arrebató sin miramientos el pellejo de las manos. “¡Así!”. Y alzándolo por la base, apuntó con la prominencia a su boca entreabierta. Al hundir levemente sus dedos en el cuero hinchado, los destellos de un hilo de líquido rojizo rasgaron el aire para perderse mansamente entre los labios de la nómada.

Aunque ni una gota derramó la nómada por la piel cortada que recubría sus labios, se los repasó mecánicamente con el dorso de la mano. Le volvió a alcanzar el pellejo al tiempo que lo observaba con descaro. Le dio la impresión de que la rudeza de su gesto se suavizaba, pero no fue más que una ilusión causada por la luz cambiante de las llamas. Su semblante seguía tenso; como tenso había estado desde el día que la conoció, cuando, sin saber ni cómo ni por qué, despertó en el interior de una tienda recostado en un poste y atado de pies y manos. Entonces, cuando sus ojos fueron recuperando la capacidad de componer imágenes en la retina, un rostro se fue definiendo por encima de toda la maraña de luces y sombras que borrosamente ocupaban su campo visual. Un rostro de mujer dura, con ángulos duros y recortado por un cabello en mechones negros; un rostro de ojos profundos del color de la tierra ocre de aquel desierto; un rostro de tez curtida por el aire y tostada por el sol; un rostro en el que se perfilaba el arco de unos labios gruesos que prometían dar cobijo a la más dulce de las sonrisas. Hasta ahora solo los había visto moverse para dirigirse a él con palabras ásperas y áridas. En consecuencia, cuando volvió a ser causa de risa del corro de nómadas al intentar beber de nuevo y desbordarse por su boca aquel fluido sabroso al que llamaban vino, los labios de la nómada apenas se alteraron. Acto seguido, las risas de los nómadas se acrecentaron,

y esta vez un atisbo de sonrisa pareció deshelar el semblante de la nómada cuando se atragantó al intentar pasar aquella cantidad ingente de vino acumulada en su boca. Entonces, de la misma manera que el ambiente se empezaba a distender, sus cuerdas vocales comenzaron a destensarse; y así comenzó a relatar.

“De donde yo vengo, no bebemos más que el agua que brota de los manantiales, no comemos más que los frutos que nos ofrecen los árboles y arbustos que nos rodean y los animalillos que cazamos. No necesitamos ir de un sitio a otro, puesto que lo que necesitamos para vivir lo tenemos al alcance de la mano. Mi gente me conoce por el nombre de Sendero, pues ya de pequeño tenía por costumbre ir abriendo sendas por donde antes a nadie se le había ocurrido pasar. Esta inquietud mía por explorar lo desconocido no era vista con buenos ojos por los mayores, puesto que nos decían que en el secreto de cómo hallar nuestro valle radicaba la supervivencia de nuestro pueblo. Sinceramente, los temidos salvajes que se suponía que habitaban fuera de nuestro entorno nunca dieron señales de su existencia y las únicas dos personas que jamás entraron en contacto con nuestra gente eran de natural pacífico. Aun así es comprensible el celo que ponen los mayores por evitar el contacto con extraños, ya que mi pueblo se encuentra prácticamente indefenso. Los que vivimos en el Valle lo hacemos bajo el abrigo de la Costumbre, y la Costumbre tiene una serie de normas muy estrictas. El uso de instrumentos está tremendamente restringido y pocas cosas hacemos que no sea usando las manos. La restricción alcanza de manera especial a las armas. Así, las pequeñas lanzas, cerbatanas y redes se emplean exclusivamente para ir a cazar. Se podría decir que somos incapaces de usar un arma contra otro ser humano. Por eso nunca nadie ha matado a alguien con un arma; no concebimos profanar el cuerpo humano con un objeto”. Se volvió entonces hacia la nómada y clavó en sus ojos una mirada que destilaba franqueza. “Por eso debes creerme cuando digo que no pude ser yo quien mató a tu compañero”, afirmó con seguridad.

“Eso lo decidiremos más tarde. Continúa”, lo cortó ásperamente la nómada mientras le aguantaba con frialdad la mirada.

“Os contaba que dos personas entraron en contacto con el poblado”, prosiguió con dificultad. Aquella manera de mirar le había helado los labios y reseca la garganta. “Recuerdo que a una de ellas la encontraron en una de las rutinarias exploraciones que a diario hacemos por los alrededores del Valle. Estaba como enajenada y era incapaz de recordar cómo había llegado hasta allí. A la otra, al Viejo, fue el azar el que me guió en su encuentro al aventurarme más de lo que me estaba encomendado. Los que tenemos la tarea de explorar también estamos sujetos a ciertas reglas, cuyo origen se pierde en el tiempo como casi todas nuestras costumbres.

“Te encontramos con un cuchillo en la mano mientras el nómada yacía a tu lado en el charco de su propia sangre”, lo interrumpió bruscamente un malhumorado anciano de mirada triste y gesto adusto. “Ahora no nos interesan tus costumbres. Solo que nos cuentes qué te llevó a clavarle el cuchillo”.

“Espera”, intervino otro anciano cuyos ojos verdes parecían brillar más que las propias llamas que los iluminaban. Tenía una mano amigablemente posada en el hombro del viejo malencarado y ahora se dirigía a él. “Que el viajero nos hable más de la tierra de donde viene”.

“Lo que ocurra en su tierra nos concierne bien poco. Más le valdría que empezara por explicarnos qué andaba haciendo en lo alto del cerro. Llevamos mucho tiempo viajando hasta allí y nunca hemos visto un alma”, protestó uno de los nómadas al que se le veían poco más que el blanco de los ojos y el brillo de sus dientes.

“No seas tan impaciente, Gato”, volvió a decir el anciano de los ojos verdes, “que nos queda camino y muchas noches por delante. Además siempre hay algo que aprender de las costumbres de aquel que viene de lejos”.

“Mal momento para aprender es este”, lo cortó la nómada. “Lo que necesitamos es saber lo que ocurrió”.

“Creo que el viajero nos tiene muchas cosas que contar. Escuchar sus andanzas no quita para que nos cuente lo ocurrido”, dijo un nómada de barba y melena espesa sentado al lado de ella.

“Cierto”, volvió a intervenir el de los ojos verdes. “Es impropio de los nómadas no exprimir todo el jugo a estos encuentros. No todos los días nuestro caminar se cruza con el de un extraño. Aprovechemos para escuchar la historia de los pasos que lo han conducido hasta nosotros”.

“Más que contarla os la puedo mostrar”, intervino Sendero rápidamente, aprovechando sin dudarle las oportunas palabras del anciano de ojos verdes. Todas las miradas se volvieron de nuevo hacia él. “Si queréis, si me dejáis, si confiáis, pues para ello necesito cierta ayuda de... esto”, y sacó de debajo de su vestido un rudimentario saquito de cuero que colgaba de su cuello, “y, sobre todo, vuestra”.

Tenía ahora toda su atención. Podía sentir cómo la curiosidad había empezado a sustituir al escepticismo inicial. Poco más necesitaba para empezar a usar lo único que en aquellos momentos tenía: sus pulmones, sus palabras y su historia. Por encima de su miedo, de la hostilidad que lo rodeaba y de la impaciencia mostrada hasta ahora, se alzó su voz llenando de sonido la oscuridad y encandilando por completo a los nómadas.

“De donde vengo, el contar historias es algo cotidiano y es costumbre el reunirse por la noche a escuchar a los que tienen el don de la voz. Con la hoguera en el centro nos sentamos así, formando un círculo, todos mirando hacia el fuego. No, no se habla, solamente se escucha. Se escucha a la noche, a las estrellas, a las llamas, pues es de ahí de donde nace la voz que os cuenta la historia. Pero la voz de la noche necesita compañía: la del sol y la de la tierra que dan vida a los cactus de los que obtenemos este extracto, y también la del agua con la que lo mezclaremos”. Diciendo esto, ante la atónita mirada de los nómadas, sopesó el pellejo que todavía conservaba en sus manos y sacudió el saquito sobre su abertura para dejar caer un par de pizcas de polvo en su interior. Luego lo sacudió con energía procurando no verter nada y le dio un pequeño trago con mucha más elegancia que la vez anterior. “Ahora beberemos todos, poco a poco, hasta que se acabe. Para los niños con un único trago será suficiente”.

El anciano de los ojos verdes se levantó, recibió el pellejo de manos de Sendero y probó cautelosamente el contenido. Esperó unos instantes antes de ofrecérselo al nómada de la barba espesa.

“Espera, que el viajero le dé otro trago”, la voz era de mujer mayor y lo decía calmadamente, pero con firmeza.

El pellejo regresó a las manos de Sendero de inmediato, que no dudó en darle otro trago. El nómada barbudo se acercó hasta él, cogió el pellejo, bebió y volvió a sentarse al lado de la nómada. Sendero se dio cuenta de que esta no le había quitado el ojo de encima en todo este rato. Sin desclavar su mirada del viajero, la nómada agarró el pellejo, le dio un trago y se lo pasó a quien tenía a su lado. Así el pellejo comenzó a circular de mano en mano y de boca en boca hasta que lo vaciaron.

“Ha llegado el momento de callar y escuchar, el momento de sellar los labios y aguzar el oído. De parar de pensar y de abrir la mente. Porque, si escuchas, si te dejas conducir, la voz de la noche te transporta y, cuando cierras los ojos, ya estás en el corazón de la historia. Dejadme que os lleve a mi tierra de origen. No habléis, no penséis, cerrad los ojos y callad. Callad y escuchad, callad y escuchad, callad y escuchad”. La manera en que esto decía tenía una cadencia propia, de una cualidad tal que los golpes de voz, aun sin llegar a cantar en ningún momento, hacían que su discurso sonara como si un instrumento de percusión articulara complejas palabras en lugar de producir sordos latidos. El ritmo, sutil, apenas perceptible, recordaba, al cerrar los ojos, al vaivén de las olas o el acunar de unos brazos y así ayudaba a sumirse en un plácido letargo. “Escuchad y soñad, escuchad y soñad... soñad y ved, soñad y ved... y ved, y ved, y ved, y ved las abruptas montañas, y ved que protegen mi valle; y ved cómo el sol ya se asoma, y ved cómo él baña mi valle; y ved que manantiales deshiela, y ved cómo nutren mi valle; y ved esas flores del bosque, y ved que madura mi valle; y ved que la gente amanece, y ved ya poblado mi valle...”

En el Valle

Lo despertó, más que la claridad, el calorcillo de un rayuelo de sol al deslizarse por las rendijas del techado de brezo. Sendero se levantó y, al correr los lienzos de cáñamo que protegían la ventana de su chocilla, vio como el Valle también se desperezaba poco a poco. El sol ya había concluido su trabajosa ascensión sobre las cumbres de las montañas circundantes y ahora, altanero, derretía la poca nieve que todavía quedaba en ellas. Las hebras de agua se deslizaban por las faldas de las montañas y se entrelazaban hasta confluír en el poderoso riachuelo que mostraba el camino de salida del valle, el cual, agasajado por tal cantidad de agua, florecía agradecido y maduraba en forma de frutales. La gente comenzaba a salir perezosamente de sus chozas y a rellenar de vida los rincones de la aldea. De buena o mala gana, silbando o maldiciendo, cada uno de los aldeanos comenzaba la rutina de la tarea que tenía asignada. Afortunadamente, en esta jornada, la tarea de Sendero no era recolectar, ni limpiar, ni cualquier otro trabajo anodino, sino que se le había encomendado explorar más allá de la vertiente exterior de una de las montañas. En principio, aquellos parajes no ofrecían nada particular, o al menos eso había oído a compañeros que ya habían estado allí. Sin embargo, para Sendero todos los lugares nuevos eran particulares. Si por él fuera, ya habría coronado cada una de las cumbres que flanqueaban el valle solo por darle gusto a sus ojos y llenarlos de paisaje, de horizonte, de lo que hay más allá. Si de él dependiera, prolongaría indefinidamente la duración de sus viajes en lugar de restringirlos a tres días como marcaba la estricta Costumbre. Pero ninguna voluntad individual podía contradecir la Costumbre.

Con el tiempo, el abrazo de la aldea había acabado por atenazarlo y había pasado de sentirse protegido a sentirse prisionero. En realidad no lo retenía la aldea; uno era muy libre de abandonarla con su Costumbre. Era el miedo al exterior quien lo sujetaba, el pánico a las consecuencias de no seguir las pautas de convivencia. Te lo inculcaban desde pequeño: solo aquel que sigue los dictados de la Costumbre puede permanecer en el Valle. Por supuesto, nadie quería salir de allí y, aunque quisiera, nadie osaría a hacerlo; habría que estar loco para siquiera considerarlo. Todo el mundo había visto con sus propios ojos lo que había más allá de las cumbres de las montañas: un paisaje completamente ajeno al verdor alegre del Valle, unos parajes cubiertos de desolación ocre y gris, y con siniestros rojos y negros de tierra envenenada y sin esperanza. Aunque algún arbolillo aislado pudiera saltar muy de cuando en cuando las laderas de las montañas lejanas, aunque un rastro de arbustejos desperdigados acompañara al río en su descenso, la vida acababa por desvanecerse al alejarse de su aldea. A pesar de esto, cada vez que Sendero recorría los confines del Valle, una fuerza extraña parecía agitarse en sus entrañas, y esta, por alguna razón incomprensible, le hacía añorar un lugar en el que jamás había estado, le hacía anhelar lo que nunca había conocido, le hacía extrañar lo que nunca había visto. Cuando se asomaba desde las montañas, podía escuchar a la muerte llamándolo dulce y melancólicamente a que se reuniera con ella.

Inanición, deshidratación, insolación o intoxicación eran varios de los posibles desenlaces para aquel que se aventuraba a marchar fuera del Valle. Por esta razón y por dictado de la Costumbre, las expediciones no duraban más de tres días y siempre eran dos las personas que salían a recorrer las desoladas montañas. Así, cargaban las provisiones necesarias y empleaban la primera jornada para ir a uno de los diferentes refugios que de antiguo se construyeron en lo alto de las montañas. En el segundo día, los dos exploradores se separaban e iniciaban una ruta cada uno por su cuenta y sin recorrido preestablecido. La exploración no podía durar más de un día bajo ningún concepto, debiendo volver al refugio a pasar la noche. Regresaban al Valle al amanecer y relataban a los habitantes de la aldea los resultados de su exploración. Nadie esperaba encontrar nada en particular, puesto que nada particular rodeaba el Valle. Roca muerta era el principal constituyente del paisaje: gris, negra, apagada y melancólica, sin líquen que adornara sus arrugas, anhelando musgo que la cubriera de vida. También polvo, que no tierra, gravilla y cantos de diversas formas y tamaños cubrían la corteza de aquellos lugares, salpicando de rojos y ocre, matizando de negros y grises una superficie fría y rocosa. Desperdigados, como si los hubieran tirado desde el aire, se hallaban una serie de engendros vegetales con forma de arbustos, tan cenicientos como el suelo en el que enraizaban. Completaban el panorama unos cuantos árboles retorcidos, agónicos, fruto de algún macabro tormento capaz de determinar la forma de brotar y crecer de sus ramas. Aunque aquellos árboles estaban vivos, el verde de sus brotes no era alegre y brillante, sino que, en armonía con el entorno, sus hojas eran oscuras y solo al contraste con la roca azabache se daba uno cuenta de que eran verdes y no negras. Además, sus ramas eran duras y tozudas, incapaces de curvarse dócilmente al paso del viento. Por eso no era raro ver árboles arrancados de cuajo, tendidos patéticamente sobre su tronco. Cuando esto ocurría, uno podía contemplar la maraña de raíces en todo su esplendor y con un poco de imaginación se podía hacer una idea de cómo conseguían mantenerse en pie en aquel lugar pelado y erosionado. El único verde aprovechable de aquel desierto era el de los preciados cactus que usaban para ayudarse a contar historias. Estos escaseaban, y el recolectarlos era, a ojos de Sendero, el motivo principal de aquellas expediciones. ¿Qué sentido tenía vigilar los confines del Valle si jamás se encontraba rastro de vida humana? En cuanto a animales, alguna vez llegaba alguien diciendo que había visto alguna culebra o algún lagarto, pero Sendero nunca había tenido tanta suerte. Con lo que no era difícil toparse era con insectos correteando, volando o brincando a sus anchas. Variaban en tamaño desde las saltarinas pulgas, pequeñas como arándanos, hasta escarabajos grandes como manzanas. A la mayoría de estos insectos se los podría clasificar como molestos e impertinentes: carentes del temor instintivo que suelen tener los animales más pequeños al encontrarse con seres considerablemente más grandes. Había algunos de ellos que tenían aguijón y sus picaduras causaban dolorosas inflamaciones y dolores de cabeza que podían durar varios días. En algunos casos, el veneno inoculado por estos animales podía ocasionar la muerte, por eso de cuando en cuando había exploradores que no regresaban. Dado el panorama, las expediciones se les antojaban un castigo a la mayoría. A Sendero era lo que lo mantenía vivo, y el transcurrir de los días tras su regreso no era sino una tediosa espera hasta la siguiente salida. Aun así nunca se le ocurrió alterar el calendario, acataba con prudencia lo que dictaba la Costumbre y jamás se aventuraba a explorar más allá de lo encomendado. Así fue al menos hasta que se topó con la cueva del Viejo. Si hubiera recorrido los caminos que,

montaña arriba, montaña abajo, gobiernan el andar de los exploradores, hubiera necesitado al menos tres días para dar con la cueva del Viejo. Se hubiera tratado por lo tanto de un lugar imposible de hallar de no haber sido por la tendencia de Sendero a recorrer los caminos sin marcar. Ese día, después de pasar la noche en el refugio, dio accidentalmente con una sima al descender por la ladera de la montaña. Al bajar por ella y continuar por la galería, se encontró con algo completamente desconocido para la gente del Valle, un hallazgo que acabaría cambiando su vida y tal vez la de su pueblo. Era lógico que nadie hubiera encontrado aquel lugar hasta entonces, puesto que apareció de la nada, bajo los pies de Sendero, después de tomar la temeraria decisión de descender por la vertiente del barranquillo en lugar de hacerlo por la del camino de grava. Descendió sin problemas, pero en su caminar fue a parar a una terraza de firme traicionero. Fue allí donde el terreno se desmoronó repentinamente bajo sus pies. Todo intento desesperado por aferrarse a un suelo en descomposición y evitar ser engullido por la tierra resultó inútil. Tan solo consiguió prolongar su agonía y agrandar el agujero por el que se estaba colando. Acabó aferrado a un terrón de polvo compactado y, cuando este acabó por desprenderse, se precipitó hacia la oscuridad de la sima recién formada. Afortunadamente, la caída en vertical tan solo duró un instante, siendo el resto un prolongado rodar por un plano severamente inclinado. Cuando por fin se detuvo, se sacudió el polvo que lo cubría por completo y alzó la vista. El peso de su cuerpo había abierto un tragaluz en aquella galería subterránea y no tendría la menor dificultad en salir de allí. Sin embargo, lejos de urgirle abandonar tan tenebroso lugar, la llamada de lo desconocido volvía a resonar con fuerza en su interior y le aconsejaba esperar a que sus ojos se acostumbraran a la oscuridad reinante. Se vio entonces recompensado con una sugerente mota de claridad en dirección opuesta a la sima. Sendero echó a andar hacia la luz con la esperanza de encontrar una salida alternativa. Al cabo de un buen rato caminando por un firme regular y ligeramente en pendiente, la galería acababa bruscamente para dar a un magnífico barranco. La boca de la cueva era como una ventana en la pared de la montaña por la que uno se podía asomar a lo que parecía un abismo de piedra. Sendero estaba aturdido ante aquel escenario que se abría majestuoso a su vista. Por primera vez contemplaba un paisaje que nada tenía que ver ni con el Valle ni con el desierto de piedra y polvo que lo rodeaba. La boca de aquella gruta era uno de los múltiples orificios que horadaban las paredes de un abrupto desfiladero por el que discurría accidentalmente, y en esto se fiaba más de su oído que de su vista, un pequeño arroyo. Sendero se recostó atónito en una de las rocas que había en la boca de la cueva y así se podría haber quedado durante un espacio de tiempo considerable si no hubiera sido porque la roca comenzó a moverse. Sobresaltado por el inesperado movimiento, dio un respingo en cuanto notó bajo su piel las sacudidas de la piedra y se volvió instintivamente hacia ella. Observó con asombro cómo, en lugar de volver al estado de reposo o rodar, la piedra comenzó a deslizarse desafiando la pendiente para buscar cobijo en la penumbra. Por si esto fuera poco, quizás animadas por la osadía de la primera, el resto de las rocas que poblaban la salida de la cueva comenzaron a deslizarse pendiente arriba como ya hiciera la pionera. A Sendero lo invadió una extraña sensación de irrealidad y algo que se asemejaba al vértigo le recorrió todo el cuerpo cuando creyó verse resbalando en dirección opuesta a las rocas. De manera instintiva recolocó la posición de sus pies para asegurar su equilibrio. Luego bajó la vista para cerciorarse de que en efecto estaba firmemente plantado. Ya no le quedaba ninguna duda de que eran las rocas las

que se movían. Vio entonces que una de ellas cambiaba de dirección para esquivarle. Estupefacto, siguió la trayectoria de aquel objeto supuestamente inanimado, que parecía tener vida propia, y advirtió un brillo difuso proveniente de su parte inferior. Atraído por este destello, inclinó el cuerpo y estiró el brazo para alcanzar la piedra con la mano. Al rodearla con sus dedos sintió una punzada de dolor en el índice. Si no fuera porque las piedras no tienen boca, juraría que el pedrusco le había tirado un mordisco. Volvió a coger la piedra poniendo esta vez más cuidado y atención. Cuando la levantó para ver qué ocultaba, descubrió para su sorpresa que no había nada debajo de ella. Al voltearla y examinarla más de cerca, tampoco encontró nada en su base. Sí descubrió que el tacto de la piedra, aunque rugoso y frío, nada tenía que ver con el resto de las rocas con las que hasta ahora se había topado. Todavía la estaba inspeccionando maravillado cuando de uno de los orificios de lo que antes había tomado por una roca asomó con cautela una cabecilla. Sus ojos observaban tranquilamente el panorama y su cuello se seguía estirando para poder mirar a un lado y a otro, tratando de entender qué hacía allí suspendida...

Desde el promontorio

“¡Tortugas!”, exclamó con voz estridente un niño para luego soltar una involuntaria carcajada.

Aquella nota discordante en la melodía del relato fue suficiente para sacar a los nómadas del estado en el que se encontraban. Mientras el Viajero había estado contándoles su historia, sus palabras habían conseguido ir evocando imágenes tremendamente vívidas en su mente. Entonces, como quien despierta de un sueño, sus párpados se fueron levantando, y la noche con su hoguera volvió a sus retinas.

“Sí, tortugas”, contestó Sendero, sin ninguna intención de recuperar el trance, pues, una vez abandonado el curso de la historia, resultaba muy complicado volver a ella. “Yo no conocía aquel animal hasta ese día. El Viejo me dijo después cómo las llamaban. También me enseñó el nombre de muchas cosas que yo nunca había visto, ni él tampoco”.

El niño entonces lo miró con extrañeza y desconfianza. Le clavaba sus ojazos saltones cargados de suspicacia y lo señalaba con su nariz puntiaguda como si hubiera algo que no terminaba de encajar en lo que Sendero acababa de contar. Parecía tener algo que decir, pero su condición de niño le pedía prudencia. Tarde reunió fuerzas para abrir la boca, pues el viejo de la cara triste ya estaba gruñendo de nuevo.

“¿Cómo se puede poner nombre a algo que nunca has visto?”. Dicho esto, agarró un tronco y lo echó a la hoguera. Instantes después, esta empezaba a crepitar agradecida. La historia de Sendero podía haber quedado en suspenso, pero quedaba noche para seguir charlando.

“Así como nosotros tenemos la voz y el extracto de cactus, el Viejo tenía sus imágenes”, contestó Sendero reconfortado por el interés que había conseguido despertar su relato. “Mi primera reacción ante los objetos que me enseñó fue una mezcla de fascinación y cautela. El Viejo supo aprovechar mi curiosidad para desarmarme de la protección que da el miedo a lo desconocido y darme el valor, si no para cuestionar, sí al menos para poder dar un rodeo a ciertas normas. Casi todo lo que yo aprendí del Viejo estaba prohibido por la Costumbre, pero él sabía cómo estimular mi mente y conseguía enseñarme lo que jamás debería haber aprendido. A la gente del Valle solo les está permitido nombrar lo que conocemos de primera mano, solo podemos describir lo que hemos visto con nuestros propios ojos y contar lo que nos ha ocurrido en primera persona. El contar las historias que hemos oído de otros como si fueran reales no está permitido en ningún caso. Según dicen los que velan por que esto se cumpla a rajatabla, la información de segunda mano deforma la realidad y confunde a la gente; porque cada uno ha de ser responsable de lo que cuenta y no puede hacerse responsable de lo que cuentan los demás. Solo una serie de historias del mundo antiguo se transmiten de generación en generación. Esas historias nos cuentan cómo era la tierra que antes rodeaba el Valle. Con ellas aprendemos cómo la Costumbre nos protegía de un mundo que destilaba odio, violencia, miedo, avaricia, egoísmo, mentira... Y cuando el mundo que nos rodeaba desapareció, quedó

la Costumbre para protegernos de nosotros mismos”. El fuego había acabado de prender el nuevo tronco y la hoguera desprendía un poco más de luz. Sendero se pudo fijar entonces en que parte de la dureza y de la tensión que antes componían el gesto de la nómada habían desaparecido de su rostro.

“Las costumbres son complejas en tu tierra, Viajero”, dijo la nómada con un tono menos despectivo, dando muestras de que el interés despertado parecía ser capaz de suavizar su trato.

“La Costumbre persigue la integridad del mundo que habitamos, evita cualquier tipo de deformación o confusión, ya sea de obra o de palabra. Así, cuando todavía somos niños, nos educan para luchar contra las fuentes de las que se alimenta la violencia, el egoísmo, la mentira...”

“Y por eso no puedes mentir”, lo cortó secamente la nómada recordándole que se hallaba muy lejos de contar con su confianza. “Por eso dices la verdad cuando afirmas que nada tuviste que ver con la muerte de mi compañero”. Otra vez volvían las palabras áridas a la garganta y el dolor a su mirada. “Viajero, en mi tribu sí que conocemos la mentira y aprendemos a cargar con ella. Por eso sabemos que lo único que la separa de la verdad es la capacidad de convencer al resto. Nos hemos topado con gente extraña, pero nunca nadie como tú. Pareces acostumbrado a llevarte a la gente a tu camino”, esto último lo dijo lanzando una mirada que iba repasando los ojos de los nómadas como si se dirigiera a ellos en lugar de a Sendero, “pero ten presente que nuestra confianza en ti no garantiza tu inocencia. Los nómadas también tenemos nuestras reglas. De la misma manera que en tu pueblo existe la Costumbre, los miembros de esta tribu acatan una serie de normas que también se aplican a los extraños que interfieren con nosotros. En la tribu caminamos juntos como hermanos. Sin embargo, cualquier persona involucrada en la muerte de otra debe explicarse y rendir cuentas. En tu caso, es a mí, como antigua compañera y como conductora de la tribu, a quien corresponde escucharlas. Y te advierto de que necesitas algo más que bonitas historias para convencerme de tu inocencia. Pero anda tranquilo. No seré yo quien prive a mi gente de escuchar tu historia y por ello continuarás tu relato. Al final decidiré qué hacer contigo”. A pesar de la severidad de las palabras, el tono de la nómada se había ido relajando, como si se hubiera quitado un peso de encima al dejarle las cosas claras.

“Bien dicho, Mira, que los marranos no andan todavía flacos y no llevamos prisa por hacer que el Viajero se detenga”. Si Sendero se hubiera vuelto hacia la voz, hubiera visto la boca sonriente del nómada de tez oscura. Sin embargo, al escuchar el nombre de la nómada, volvió la cabeza hacia ella como por instinto.

En ese instante los ojos de la nómada se clavaron en los de Sendero y él no apartó la mirada porque estaba absorto en ellos. “Mira, claro”, pensó. Mientras, Mira observaba perpleja cómo el Viajero no bajaba la vista como era costumbre cuando ella lo miraba. Mucho había cambiado desde que lo recogieron en lo alto de aquel cerro. No solo era que la carne de cerdo le hiciera estar recuperando salud y cuerpo, sino que estaba perdiendo aquel aire de persona ausente. Como hombre, el Viajero no parecía nada extraordinario; era de piel blanca, fino y no especialmente alto. Tenía ojos cansados, tristes, y mechones de pelo castaño caían sobre su cara apagada y cubierta por una barba bastante descuidada. Solo su nariz, bonita a pesar de lo angulosa, confería algo de fuerza a un rostro bastante anodino por lo demás. Ahora la miraba embelesado, como si ella no pudiera verlo. Por fin un gruñido de cerdo sacó a Sendero de su

ensimismamiento. Bajó la mirada en cuanto se percató de que ella lo observaba con cara de incredulidad. Acto seguido volvió nerviosamente el rostro hacia donde estaban los marranos. Apenas se veían unos bultos en la oscuridad que acompañaban sus vaivenes con amables gruñidos y juguetones traqueteos de pezuñas. Como si se lo estuvieran recordando, le vino a la mente que uno de los finales más probables de aquel que mataba a un nómada era el acabar en el vientre de los cerdos tras ser convenientemente troceado. Por alguna extraña razón sabía que acataría con respeto aquella decisión llegado el caso. Después de todo, no eran mala gente los nómadas. En lugar de abandonarlo moribundo tal como lo encontraron, se tomaron la molestia de curarlo y cuidarlo. Poco recordaba de aquellos días que siguieron, pero al parecer tardó bastante en recuperarse, no solo de la sangre perdida por los múltiples cortes que había en su cuerpo, sino también de una extraña enfermedad que alternaba delirios, estados cata-tónicos y pérdidas de consciencia. Durante el tiempo que estuvo convaleciente, ninguno de los nómadas cruzó con él palabra alguna; se limitaban a traerle la comida y curarle las heridas. Mientras estaban acampados, lo ataban a un poste y luego colocaban sobre él unas telas a modo de tienda. Cuando tocaba viajar, le vendaban los ojos y alguno de los niños se encargaba de guiarlo. De hecho, fueron los niños los primeros en dirigirle la palabra. Al principio se asomaban curiosamente por las rendijas de la tienda y le hacían burla, a lo que Sendero respondía estoicamente con sonrisas. A medida que transcurrían los días, el resto de los nómadas fue iniciando de manera esporádica parcas conversaciones mediante las cuales se fue enterando a retazos de su situación. Así supo cómo lo encontraron en lo alto de un cerro yaciendo junto al cadáver de uno de los nómadas, al que hacía varios días que llevaban buscando. Cuando los encontraron, Sendero aferraba un cuchillo ensangrentado en la mano y el nómada reposaba sobre una pátina de sangre cuyo origen era una incisión mortal en el cuello. Comprendió entonces por qué la manera más sencilla de explicar todo aquello era que él había matado al nómada. Los motivos los desconocían, pero en ningún momento dieron la impresión de tener mucha prisa por escuchar las explicaciones de Sendero. A pesar de la gravedad del asunto, no parecía ser la mayor de sus preocupaciones. El desenlace de este desencuentro era en cambio la única preocupación de Sendero en estos momentos.

“El día que me encontrasteis...”, comenzó a decir Sendero al hilo de sus propios devaneos, pero la frase quedó interrumpida cuando la nómada le mandó callar cruzando el índice sobre sus labios para seguidamente hablar ella.

“Paso a paso, Viajero. Desconozco cómo cuentas las historias a tu gente, pero a los nómadas nos gusta seguir las historias de principio a fin, sin que se quede nada en el camino por contar”. Ahora el tono era ligero, casi amable, como si la historia que Sendero tenía que contar no versara acerca de la muerte de su compañero. “Ya escucharemos lo que nos digas que ocurrió aquel día a su debido tiempo. Si andas con prisa por contarle, recuerda que fue tuya la decisión de contarnos los pormenores”.

“Es que no conozco otra manera de contar mi historia”.

“Afortunadamente para ti, no hay nada que nos guste más que escuchar relatos, y la manera en la que conduces tu historia hasta nosotros es especial; nunca nadie nos había transportado con tanta facilidad”, observó el de los ojos verdes.

“En algún momento nos tendrás que enseñar cómo lo haces”, añadió el de la melena espesa.

“De cualquier manera, continuar ahora con mi historia sería casi imposible”, explicó Sendero; “no para mí, sino para vosotros. Una vez que sales de ella no es sencillo volver a entrar, a no ser que se utilice una cantidad extraordinaria de extracto. Es mejor que continuemos la noche que viene”.

“Como quieras”. Mira ignoró convenientemente el coro de desaprobaciones y chasquidos de contrariedad. Fijó entonces su mirada en la hoguera menguante, como si tratara de leer algo en ella. “De cualquier manera, se ha hecho tarde. Mañana habrá que levantarse de madrugada y comenzar a recuperar el tiempo que hemos perdido con la muerte de Caradeplata. Leo, Gatonegro, hay que llevar al Viajero de vuelta a su poste”.

Se levantaron entonces el de la tez oscura y el de la melena espesa y lo condujeron amablemente hasta el poste. Como solían ser ellos los encargados de atarlo desde que estaba en manos de la tribu, se había generado cierta familiaridad entre estos dos nómadas y el cautivo. Sendero se dejó hacer mansamente y los nómadas lo agradecieron. Quizás porque las cuerdas apretaban menos que de costumbre, no tardó en caer en un plácido sueño.

§

Aún faltaba para el alba cuando ya habían levantado el campamento y se disponían a desatar a Sendero. Pronto comprendió que en la dinámica de los nómadas el reposo quedaba relegado exclusivamente a los momentos en los que, bien por la oscuridad de la noche, bien por el calor del día, el caminar se hacía imposible. Habían aprendido que el tránsito de la noche al día era el momento ideal para comenzar su jornada. Con aquella luz, las estrellas más luminosas todavía no estaban eclipsadas por el azul del cielo y la claridad incipiente ya permitía adivinar el relieve del terreno. Por la posición de las estrellas, gracias a un arte que se perdía en el tiempo, podían orientarse en aquel mar de tierra, polvo y arena. Llamaban a aquello *navegar*. Una vez identificada la ruta, debían aprovechar las primeras horas del día; la inclinación de los rayos solares hacía su impacto soportable y el frescor dejado por la noche les permitía forzar la marcha sin miedo a sudar en exceso y deshidratarse.

Aquella mañana fue la primera que a Sendero lo dejaron con los ojos sin vendar y así pudo ver que quien se encargaba de guiar a los nómadas era la propia Mira. Después de haber recorrido un trecho considerable por aquel páramo desierto, Mira condujo a los nómadas hacia una solitaria formación rocosa. Por el momento las montañas de la lejanía todavía los protegían del sol, pero este no tardaría en asomar tras ellas para empezar a castigarlos. Entre las rocas hacia donde se dirigían no les sería difícil encontrar sombras para pasar sin apuros las horas más duras del día. Nada más llegar a los pies de la roqueda, Sendero tuvo la oportunidad de ver la diligencia con la que se organizaban los nómadas para construir el campamento. Al verlo parado, Mira se dirigió a él. Por primera vez no percibió ningún atisbo de rencor en sus palabras. Siempre las recordaría, no por lo que significaban, sino por lo hermoso que le sonó la combinación de sonidos al salir de sus labios: “Viajero, es hora de que arrimes el hombro. Ayuda a los hombres a montar la porqueriza”.

Seis estacas clavadas formando un hexágono y una más larga en el centro cubiertas por un entretejido de pieles y telas de diversa procedencia constituían la pintoresca estructura diseñada para proteger a los marranos del sol. Debía dar cierre a la porqueriza un entramado de cuerdas anudadas de estaca a estaca, y Sendero ayudaba con los nudos siguiendo las indica-

ciones de uno de los nómadas. La estaban montando al pie de las rocas aprovechando un lugar donde todavía daba la sombra. Cuando no le quedaban más cuerdas que anudar, fijó su atención en otro grupo de nómadas, en su mayoría mujeres, que levantaban la tienda de las personas, no muy lejos de la de los marranos, aprovechando también la sombra de la piedra. Sendero comprobaba el gran parecido de ambas tiendas. Apenas las diferenciaba el tamaño y un alfombrado de pieles y tejidos similares a los que formaban la propia tienda. Fue entonces cuando una niña que había estado pululando por allí mientras trabajaban agarró del brazo a Sendero y le dio dos pequeños tirones para captar su atención.

“Viajero, ¿es verdad que en tu valle se puede comer toda la fruta que uno quiera?”. La niña parecía llevar tiempo rumiando la pregunta. Era guapa a pesar de lo desaliñado de su aspecto: ojos grises y grandes, nariz pequeña, mechones rubios y envuelta en una pátina de roña pulcramente asimilada por el moreno de su piel.

“Bueno, no toda la que queremos, la recogemos para luego repartirla entre todos”, contestó Sendero prestándole toda su atención.

“Yo quiero que nos llesves a tu valle, pero Nagüel dice que te van a acabar comiendo los marranos por mentiroso”, dijo la niña señalando al primero de los dos niños nómadas que se acercaban.

“¡Y a ti te van a comer la lengua por bocazas!”, la regañó Nagüel. Sendero reconoció de inmediato los ojos vivarachos y la nariz inquisidora del niño nómada. Era delgado, de piel cobriza y pelo fosco. “Además yo no he dicho eso. ¿A que no?”, añadió buscando la complicidad del segundo niño.

“Sí que lo has dicho”, contestó este con abrumadora sencillez. Era corpulento, de piel morena, pelo castaño y muy liso. Su cabeza, particularmente grande, contrastaba con unos ojos chiquitos y unas facciones delicadas.

“Y si lo he dicho, ¿qué?”, dijo Nagüel desafiante dirigiéndose a Sendero.

“¿Qué les andas contando a los niños, Viajero?”, preguntó Mira, que venía buscándolo.

“Nada, la verdad es que no me han dejado abrir la boca”, acertó a decir un Sendero intimidado, más que por las palabras, por la presencia de la nómada.

“Ven, acompáñame”, le ordenó con naturalidad mientras comenzaba a caminar.

“¿Me vas a atar otra vez al poste?”, preguntó Sendero resignado.

“No lo creemos necesario”, contestó Mira amablemente.

“¿Y no te preocupa que me escape o que acuchille a otro de los vuestros?”. La nómada, sin apenas disminuir el ritmo, volvió el rostro lentamente para mirar con dureza a Sendero haciéndole ver lo inoportuno del sarcasmo.

Mira dejó tiempo al Viajero para que rumiara su impertinencia en silencio; mientras, marcaba el paso de la cómoda ascensión por la cara en sombra de la formación rocosa. Un manto de tierra rojiza les permitía subir fácilmente por los caprichosos pasillos de aquel conjunto de rocas grisáceas. El viento, al rozar con las paredes de piedra, parecía quererle decir algo entre susurros. Cuando amainaba, podían escuchar las voces de los nómadas con nitidez y de vez en cuando los veía echar un vistazo hacia donde ellos estaban. Aun así, aquel paseo les proporcionaba un grado de intimidad que no hacía sino acentuar lo inapropiado y necio de la pregunta de Sendero. Sin ralentizar el paso, sin volverse hacia él, Mira pronunció las palabras que

parecían explicar el motivo de aquel radical cambio en la actitud de los nómadas desde que Sendero les comenzara a contar su historia.

“Lo venimos discutiendo por el camino. Nadie te ve como un asesino capaz de detener la vida de alguien sin motivo. Necesitamos saber lo que ocurrió entre Caradeplata y tú, los pasos que llevaron a su muerte en lo alto de aquel cerro, pero ya habrá tiempo para que nos lo expliques. Otra de las cosas de las que venimos hablando es del valle al que nos has transportado, del valle del que dices que vienes. A mi gente le ha impactado el lugar que nos mostraste y quieren saber si se encuentra lejos, si podrías conducirnos hasta allí”.

“Creo que la niña me quería preguntar algo parecido hace un rato”, comentó Sendero, que había sentido cómo la tensión que antes lo agarrotaba se la habían ido llevando las palabras de la nómada.

“¡Anda con Luna!, tan pequeña y tan bien encaminada”, se le escapó a Mira sin poder evitar un amago de sonrisa. “¿Y qué le dijiste?”.

“Poco me dejaron decir. Luego llegaron los otros dos niños y... No te voy a decir que me sea imposible llegar al Valle, pues abandonarlo también parecía imposible y aquí estoy. Pero volver allí me va a resultar complicado, extremadamente complicado, además...”.

“¿Además qué?”, preguntó Mira incisiva, mostrando su disconformidad con las evasivas de Sendero.

“Mi destino ya no está unido al del Valle, ya no”. Sendero se quedó pensativo, como si le hubiera sorprendido su propia respuesta.

“No te andes por las ramas, contesta a mi pregunta”. Y volvió a mirarlo directamente con unos ojos que le exigían franqueza.

“La verdad es que no sabría volver”, contestó ligeramente turbado por aquellas pupilas. “Lo primero porque no sé dónde estoy, y lo segundo porque la manera de volver no la guardo en mi cabeza, sino en mi macuto, y este ya no lo llevo conmigo”.

“No te sigo, explícate”.

El andar caprichoso los había ido conduciendo hasta lo alto de aquel promontorio, desde donde se podía contemplar la inmensidad de la planicie. Allí el viento soplaba con una fuerza extraordinaria, los cabellos azotaban sus caras y las telas de sus trajes temblaban con la corriente. En la cima las rocas estaban pulidas en formas sinuosas. A veces se podía ver cómo el aire lamía la roca para luego escupirla en forma de arena. También las palabras sufrían debido al silbido arrítmico causado por la erosión de la piedra y había que reforzarlas con gestos por si el viento se las llevaba. Instantes antes de pronunciar *explícate*, Mira había detenido con su mano el andar del Viajero sujetando con firmeza su brazo. Al romper la barrera física, Mira pudo palpar la firmeza de las fibras musculares bajo la capa de lino basto. Para Sendero, la presión firme y suave de los dedos de Mira en su carne significaba aliviar parte del rechazo que hasta ahora la nómada había mostrado hacia él. Como si el calor sentido le hubiera quemado la piel, la nómada soltó su presa al tiempo que el Viajero se volvía hacia ella. Sendero la miró a los ojos y ella le mantuvo la mirada. El percibir algo extraño en ellos, quizás la ausencia de la severidad y la frialdad habituales, hizo que Sendero continuara mirando fijamente a Mira, intentando descifrarla, durante un instante que pareció una eternidad. Mira sintió los ojos del Viajero desnudándole el alma. A pesar del desconcierto, evitó, no sin gran esfuerzo, desviar su mirada, huyendo de aquellas pupilas que se clavaban en las suyas. Final-

mente, fue Sendero quien volvió la vista hacia la inmensidad del paisaje que se podía contemplar desde aquella posición.

“Mira”. La nómada, creyendo que había pronunciado su nombre, sintió un ligero cosquilleo en la boca del estómago. Sin embargo, el Viajero extendía el dedo indicando la dirección en la que debía dirigir su mirada. “El sol sale y se pone siempre por el mismo sitio. En mis viajes me guiaba con un artilugio que me indicaba esos dos puntos en todo momento. Sin él estoy tan perdido como el resto durante el día”.

“Conozco esa manera de orientarse”, dijo Mira mientras interponía su mano entre sus ojos y los rayos de un sol que seguía remontando, “pero seguir la rosa de los vientos por el páramo es muy impreciso. Por eso navegamos utilizando las estrellas”.

“No es tan impreciso, si se tiene el instrumento adecuado. Para volver al lugar de donde vengo, necesito ese instrumento y, sobre todo, saber dónde estoy. Sin saber dónde me encuentro me es imposible encontrar nada. Y el caso es que ni sé dónde estoy ni a dónde nos dirigimos ni de dónde partíamos”.

“Venimos transitando el llano, ya lejos del mar y de las montañas”, replicó Mira con cierta sequedad, provocada más por su propia impaciencia que por las imprecisiones del Viajero. “Venimos de donde te encontramos, de aquel cerro pegado a la costa. Podrías tratar de explicarme qué camino seguiste para llegar de tu valle al cerro”.

“Con las montañas a mi derecha y el mar a la izquierda”, contestó Sendero, satisfecho de poder dar una respuesta más directa.

“Eso no me dice mucho. No hay otra manera de llegar, a no ser que vengas de las montañas cercanas. Pero no tenemos noticias de que nadie transite por esos derroteros. ¿Hace mucho que partiste de tu valle?”.

“Sí, perdí la cuenta de las lunas que han pasado”. Sendero se había percatado de que una manera de irse ganando la confianza de la nómada era tratar de ser directo a la hora de responder a sus preguntas. “Sé que el Valle queda muy lejos del cerro y del mar. Pero no te puedo dar muchos más detalles”.

“Precisamente lo que necesitamos de tu andanza son los detalles”. Lo miró como quien pide ayuda. “Pero con tu manera de contar la historia sé que no me van a faltar. Hay que regresar ya”, dijo Mira tras comprobar que la sombra proyectada por sus cuerpos en el suelo empezaba a ser alarmantemente corta.

En su descenso del promontorio los rayos de sol flagelaban con intensidad creciente los cuerpos del hombre y de la mujer. Eran dos figuras pequeñas e insignificantes en aquella inmensidad. Desnudos, acabarían consumidos, sin la menor posibilidad de sobrevivir. Su piel estaba protegida por un pelo que apenas tupía cabeza y pubis, dejando el resto a merced de aquel ambiente hostil. Aun así, se los veía caminar desafiando tercamente al sol, al calor, a las rocas y a la arena de aquel desierto. La mujer y el hombre constituían la única muestra visible de vida en aquellos parajes. Nada más parecía ser capaz de habitar un territorio tan inhóspito y seco como aquel. Poca más agua quedaba en aquel entorno dejando a un lado la que manaba de los poros de su piel. Sin este precioso y continuo frescor serían incapaces de resistir la abrasión de un sol insoportable. Pero la capa de sudor nunca hubiera sido suficiente, también dependían de su ingenio para sobrevivir. Gracias a él habían aprendido a recubrir su cuerpo con una segunda piel hecha a base de fibras, trabajo de sus propias manos. A medio camino

entre la cima y la tienda, la mujer juzgó prudente ponerse la capucha de su vestido para protegerse del sol. Al mirarla de reojo y verla encapuchada, el hombre imitó el gesto de manera instintiva y aprovechó para echar un vistazo a cómo aquel vestido, confeccionado a base de retales blancos y grises de diferentes tonalidades y texturas, se pegaba a su cuerpo por acción del viento. La mujer se volvió al sentirse observada, pero él ya no la miraba, sino que examinaba con detenimiento su propio vestido, como si se acabara de percatar de su singularidad: su túnica, a pesar de ser de un lino pardo bastante vulgar, llamaba la atención por lo uniforme de la pieza, pues lo habitual era ver confecciones de remiendos como los de la nómada.

“¿Te acompañaba alguien en tus viajes?”, le preguntó Mira después de llevar un rato preguntándose si habría más gente de su valle vagando por la Tierra.

“¿Ves nuestras sombras?”, contestó él señalando las proyecciones de sus cuerpos contra la piedra. “Es la primera vez que veo otra sombra trepar así por la roca junto a la mía. Desde que salí del Valle no he vuelto a caminar al lado de nadie”.

“Me cuesta entender que abandonarás tu valle y a tu gente para acabar vagando por esta tierra moribunda”.

“Te equivocas, esta tierra no está muriendo, sino todo lo contrario”, replicó apasionadamente, “poco a poco comienza a despertar de una horrible pesadilla... ¿Me estás pidiendo que continúe con mi historia?”.

“No, te estoy pidiendo una explicación, la razón de tu partida, apenas una palabra”.

El lugar por el que ahora caminaban les permitía ver lo monótono y vacío de aquel paisaje. Sendero se fijó en cómo el calor que irradiaba el suelo difuminaba la línea en la que confluía el azul intenso del cielo con el ocre monótono de la tierra. Como buscando una palabra en aquel horizonte perdido, se quedó unos instantes callado. Era incapaz de recordar con claridad, y sus recuerdos golpeaban confusamente unos contra otros cada vez que trataba de hurgar en su memoria. Encontrar una palabra que recogiera su desarraigo, el porqué de su salida, la razón de su viaje y, en definitiva, el porqué había acabado recorriendo los rincones de esta tierra no era sencillo. Tenía la impresión de haber iniciado su viaje sin una voluntad clara, dejándose llevar, aceptando sumisamente lo que le tenía deparado el destino; realmente nunca se había parado a preguntarse la razón de su viaje. Pero el caso es que allí estaba y, si tuviera que echarle la culpa a alguien de sus penalidades, si alguien le indicó la manera de romper con el enclaustramiento del Valle, si alguien lo tentó mostrándole un camino diferente, ese alguien se llamaría “curiosidad”. Sin duda, su curiosidad había sido el detonante de todo: por curiosar acabó dando con el cubil del Viejo, su deseo de conocer forjó su relación con él y las ganas de aprender lo que nunca debería haber aprendido determinaron su salida del Valle.

“La curiosidad”, dijo finalmente Sendero.

“Detuvo el andar del gato”, completó Mira. Y lo miró casi con pena, recordándole que su vida, a pesar de estos momentos de relajación, todavía pendía del hilo de la historia que había comenzado a relatar la noche anterior.

Llegaron hasta la tienda sin escuchar más sonido que el de sus propios pasos en la arena y los silbidos lejanos del viento. El lugar que habían escogido para montarla no era casual en absoluto, pues las rocas no solo los resguardaban del aire, sino también del sol de mediodía. Los nómadas tenían por costumbre cubrir la tienda con una segunda capa para crear una cámara de aire entre los dos entretejidos de pieles y telas. Tras el primer umbral los esperaba una

nómada fina y pequeña. Tenía el pelo muy negro y salpicado de hebras plateadas. Conservaba la piel relativamente clara a pesar de lo curtida por el sol, el aire y el tiempo. Las suaves arrugas de su rostro transmitían vida e historia y advertían de la conveniencia de escuchar cada palabra que saliera de sus gastados labios. Ahora escrutaba con sus ojos pequeños y oscuros a la recién llegada pareja, como si aquel repaso le bastara para calcular la trascendencia de aquel paseo.

“Os esperábamos”, les dijo severa. “No es prudente andar fuera de la tienda a estas horas”. Luego los invitó a pasar recorriendo la segunda capa de pieles mientras sonreía primero para sí, luego para Mira y finalmente para Sendero. “Además, andamos muertos de hambre”, añadió en cuanto cruzó el umbral. Dentro esperaban los nómadas.

Estando todos concentrados en aquel espacio, Sendero podía apreciar el tamaño de aquella gran familia. Resultaba fácil contarlos y darse cuenta de cuán pocos y variopintos eran. Si hubiera sido capaz de ordenarlos de mayor a menor hubiera empezado por el anciano de los ojos verdes, seguido de su compañera, el viejo gruñón, la mujer que los acababa de regañar, una mujer de piel clara, el hombre de piel oscura y la que parecía su hermana, el nómada melencólico, Mira, un grandullón pelirrojo, una mujer en avanzado estado de gestación, otra mujer de gran belleza que amamantaba a un bebé, un muchacho muy esbelto, una niña tranquila, Nagüel, el niño grueso, Luna y un niño pequeño que acababa de empezar a andar y se movía como cuatro. Durante el tiempo que llevaba con los nómadas, Sendero había podido verlos a casi todos, por separado, cuando entraban curiosos a verlo en su cautiverio. Desperdigados antes, cuando los vieron entrar, comenzaron a formar un corro y a servir la comida: carne curada de cerdo y un guiso a base de patatas y alguna que otra raíz de las que encontraban por el camino. El agua, inusualmente abundante, la habían obtenido de una especie de charca subterránea oculta en una pequeña gruta de la formación rocosa. En verdad tenían hambre y una vez que estuvieron todos sentados, abrieron la boca para poco más que introducir comida en ella y pedir el pellejo de agua para refrescarse. Así, casi sin pronunciar una palabra, se fueron saciando con los primeros bocados.

“Es una suerte que haya tanta agua”. Era el viejo de ojos verdes quien rompía el silencio con su voz sonora y quebrada. “Recuerdo, cuando era apenas un niño, que llegamos a este lugar y nos encontramos, para nuestra desesperación, con que no había agua suficiente para todo el grupo, mi antiguo grupo. Recuerdo, con los ojos de un niño, cuando todo te parece más grande y más difuso, la agitación inquieta de los vestidos de hombres y mujeres, su deambular desesperado y el cómo se llevaban las manos a la cabeza, caían de rodillas, sollozaban, se consolaban y se desconsolaban. Finalmente, se impuso la resignación y se acordó el separarse y repartirse por los alrededores para buscar otra fuente de agua en tan inhóspito lugar. Todos, a excepción de niños y ancianos, que hubieron de permanecer en las rocas, explorarían cada rincón de este páramo con la esperanza de encontrar algún manantial subterráneo, algún pozo abandonado, alguna planta que indicara la presencia de humedad... Partían en busca de agua y regresaban día tras día cada vez más cansados, cada vez más desanimados. Uno de esos días mis padres no regresaron. Tampoco regresaron al día siguiente. Tres días más tarde, los ancianos y los niños ya no permanecieron en las rocas desesperando, sino que acompañaron al resto en la búsqueda del agua, para vivir o morir todos juntos en el intento. Habían abandonado toda esperanza de encontrar agua en estos lugares y decidieron continuar su camino. Me

dijeron que debía acompañarlos, puesto que era seguro que mis padres ya no regresarían. Yo no podía o no quería creerlos y había decidido permanecer allí, a esperarlos, a reunirme con ellos como habíamos acordado en el momento de despedirnos... Pero no pudo ser. Todavía me quedan cicatrices en las palmas de las manos de los cortes que me hizo la piedra cuando me tuvieron que arrancar de aquellas rocas. Lloré, grité, rabié, los mordí y golpeé hasta que perdí el sentido cuando las pocas fuerzas que me quedaban se desvanecieron de golpe. Recuperé el conocimiento con el traqueteo del carromato en el que iba subido y, sin pensármelo dos veces, salté y caí en el suelo. Cuando me incorporé eché a correr como un animalejo que se escapa de la jaula. Corrí en busca de mis padres, que en mi mente de niño debían de estar esperándome en la gruta de las rocas, donde ellos me dijeron que debía esperar. Tenía que llegar rápido, para no preocuparlos, para que no creyeran por un solo instante que los había abandonado. Y así, corrí y corrí en dirección a las rocas, que se veían tan pequeñas en la distancia. Corrí hasta que mis piernas comenzaron a temblar y no fueron capaces de aguantar mi peso. Caí, y con mi cara pegada al suelo sollocé sin lágrimas, pues mi cuerpo andaba tan seco como la tierra que me rodeaba. Me levanté y comencé a andar como pude, con la mirada puesta en aquellas rocas, que lentamente se acercaban a mí. Por fin logré alcanzar la gruta, donde no me esperaba nadie. Solo, en mi tristeza, derramé lágrimas secas hasta que el cansancio me fue arrojando en un profundo sueño. El tiempo que estuve durmiendo lo desconozco, pero recuerdo que antes de despertar soñé que me despertaba. Me sacaban del letargo unas cariñosas sacudidas en el hombro, una mano firme y una voz cálida que decía mi nombre. Eran mi padre y mi madre, que por fin volvían para encontrarse conmigo en la gruta... Al final desperté, de verdad, y no eran ni mi padre ni mi madre ni nadie que yo conociera. De entre todos los rostros, tan ajenos a mí, aparecieron dos pupilas que me observaban con gran curiosidad. Eran de una niña que me dijo...”

“Ojosverdes, yo te he encontrado, así que eres mío”, dijo la anciana que estaba a su lado, y posando su mano candorosamente sobre la del viejo continuó diciendo: “Era costumbre en nuestra tribu que aquel que encontraba algo se podía quedar con ello si así lo deseaba. De niña creía que también se aplicaba a las personas. Lo encontré tendido, tan profundamente dormido que ni siquiera se despertó cuando alcé sus párpados para ver si estaba muerto. Entonces vi sus ojos verdes que se movían rápidamente de un lado a otro. Andaba soñando. Llamé a los mayores, lo despertamos, lo recogimos y lo llevamos con nosotros. No tenía fuerzas ni para tragar la leche de marrana que le dimos. Así anduvo un par de días, más cerca de la muerte que de la vida. Y a pesar de eso, todavía tenía energía para decir que lo dejáramos allí, con sus padres. A pesar de sus protestas, los mayores no le hicieron caso y lo obligaron a dejar las rocas y a partir con nosotros. Además, eras mío”, concluyó volviéndose de nuevo hacia Ojosverdes.

“Ya lo sé. Si no hubiera sido tuyo, probablemente hubiera regresado a las rocas para morir esperando”. Las palabras de Ojosverdes acabaron en una sonrisa cargada de cansancio y melancolía. “Ha pasado mucho tiempo, tanto que mi cuerpo ya no puede seguir más. Como aquella vez, en este viaje he gastado las últimas fuerzas que me quedaban para llegar a este lugar, al que el destino me tiene atado de alguna manera. Ahora ya nadie podrá arrastrarme lejos de este lugar, ni los brazos fuertes de mi vieja tribu ni las pupilas curiosas de una niña.

Solo la muerte podrá arrancarme ya de aquí y aquí me quedaré esperándola pacientemente, hasta que llegue”.

“Yo también me detendré con Ojosverdes”, dijo la anciana mirándolo directamente, a pesar de que sus palabras iban dirigidas a los nómadas. “Llevo toda una vida siguiendo sus pasos y este último también lo daré con él”. Y habló al resto de los nómadas todavía con la mirada fija en sus ojos verdes. “El agua es siempre valiosa, no hay que malgastarla con lágrimas. Nuestro andar por esta tierra ha llegado a su fin. El camino sigue sin Estela y Ojosverdes. Todos debemos aceptarlo”.

Tras un breve instante de silencio, el suficiente como para encajar aquel anuncio, y sin nada que decir porque ya estaba todo dicho, los nómadas fueron besando a la pareja, como un preámbulo de la despedida que habría de producirse cuando partieran al atardecer. Se levantaban sin prisa, sin orden, sin pausa y se acercaban a la pareja despacio, esperando su turno para despedirlos. Aunque más que una despedida parecía una especie de bendición, un aceptar la decisión, un comulgar con la pareja. Sendero observaba todo aquello sin apenas moverse, como sobrecogido por una solemnidad que en realidad no existía. Mira fue de las últimas en despedirse y, cuando lo hizo, se dirigió a Sendero: “Tú también debes despedirlos, Viajero, puesto que has caminado junto a ellos”. Imitando a los nómadas, Sendero se inclinó para dar un beso en el carrillo a la pareja de ancianos mientras permanecían sentados con las manos entrelazadas. En el momento de reincorporarse, la anciana lo agarró del brazo.

“Viajero, antes de la partida, nos gustaría que nos siguieras contando tu historia y que nos condujeras a ese valle una vez más. Será un bonito recuerdo que llevarse”, le pidió antes de soltarlo.

“Claro”, dijo Mira, “acabaremos de comer y después de la siesta el Viajero continuará con su historia. Luego partiremos”.

Los nómadas reanudaron la comida, en silencio pero con gran naturalidad. Sendero comenzó a reflexionar acerca de cómo habían aceptado sin gran esfuerzo la decisión de la pareja de ancianos. Es cierto que los había llenado de tristeza y a alguno le había costado unas pocas lágrimas, pero ahora todos charlaban y reían como si no les costara sentir una cosa y la contraria. De la misma manera, le sorprendía cómo había cambiado el trato y la actitud hacia su persona a raíz del comienzo de su historia: a pesar de que todavía no se había esclarecido la muerte del nómada y su vida aún dependía de la decisión de Mira, le daba la impresión de que comenzaban a tratarlo como a uno más de la tribu. Y aun así serían capaces de aceptar con esa misma naturalidad que en caso de ser encontrado culpable deberían ejecutarlo y trocearlo para alimentar con su cadáver a los marranos. Sendero percibía su destino como algo completamente ajeno al trato de familiaridad con el que la tribu lo estaba envolviendo. No le parecía una simple actitud interesada tras conocer la existencia de un lugar como el Valle, sino que su amabilidad parecía genuina, como si hubieran olvidado la razón de su encuentro. La muerte del nómada había supuesto una gran conmoción en la tribu. No obstante, debía de haber algo más que permitiera explicar su extraña actitud en los días que siguieron al trágico suceso. A pesar de que lo curaron y cuidaron, nadie se dignaba a dirigirle la palabra al principio. Si alguna vez intentó iniciar una conversación con alguno de los nómadas que entraban en la tienda donde estaba atado, esta fue cortada en seco. Las visitas eran cortas pero frecuentes, y a pesar de no hablar nada, sus miradas recorrían descaradamente una serie de cor-

tes que cicatrizaban en su cuerpo; hasta que por fin los nómadas le explicaron que debía contarles la historia por la cual su camino se había cruzado con el de ellos. Sin embargo, por alguna razón que no le dijeron, los nómadas no podían permanecer más en aquel lugar y por eso debía acompañarlos. La historia, pues, tendría que contarla mientras caminaba con ellos.

Extrañamente contagiado por la manera en la que los nómadas se tomaban las cosas según venían, Sendero aceptó con naturalidad su nueva situación y así, después de la comida, hizo lo que el resto: se echó en el suelo y cerró los párpados.

Podría haber escapado durante la siesta mientras prácticamente todos dormían. Solo estaban despiertos, hablando entre susurros, la niña tranquila y el niño grueso. Parecían hermanos. Ola y Toro, creyó escuchar que se llamaban. Estaban tan a lo suyo que no se hubieran percatado de nada si Sendero hubiera decidido hurgar entre los bultos de los nómadas, donde seguramente se encontraba su macuto. Era posible que en él siguiera todo lo necesario para seguir viajando. Le hubiera costado sobrevivir por aquellos parajes, sin duda, pero había sido capaz de atravesar desiertos más desolados. Parecía una ocasión única para volver a ser de nuevo dueño de su destino. Aun así permaneció tendido en su sitio para recapacitar. El vuelco que había dado su relación con los nómadas hacía que de repente se encontrara más a gusto dentro que fuera de la tribu. Además, tenía una historia que ofrecerles. Pensando en cómo aquellas dos pobres razones justificaban el riesgo de ser ajusticiado, su mente cansada comenzó a divagar de aquella manera incongruente que señala el fin de la vigilia.

Estaba a punto de caer dormido cuando tuvo la inquietud propia de una revelación. Allí, entre las risas ahogadas de los niños despiertos, entre aquel coro de respiraciones placenteras, una imagen turbadora se cruzó en su camino hacia el sueño profundo. El origen de aquel sobresalto, de aquella punzada en la boca del estómago, habían sido unos labios abriéndose para descubrir una sonrisa. Y comprendió al instante que, así como a Ojosverdes lo había atrapado la mirada de una niña, a él lo había cautivado la sonrisa nunca vista de una nómada. Era un insulto a la lógica, un desacato al instinto, pero hacía que las cuerdas que lo habían retenido hasta hacía pocos días se le antojaran ahora insignificantes comparadas con aquella nueva forma de verse atado: un atisbo de la sonrisa de Mira, el movimiento que hacían sus labios al hablar, su mirar profundo o simplemente recordar el calor de sus dedos rodeando su brazo bastaban para que se sintiera atrapado.

Ahora, en lugar del sueño en el que había estado a punto de sumergirse, se hallaba inmerso en un profundo desasosiego. Una marea de preocupaciones enfrentadas comenzó a inundarle la cabeza sin que fuera capaz de lidiar con ninguna: la necesidad de convencer a la nómada de su inocencia, por cuánto tiempo iba a estar con aquella gente, cuándo iba a proseguir su viaje, dónde estaba, a dónde lo llevaban, de dónde venía, por qué se sentía tan diferente, cuándo iba a volver a recuperar el control de su camino... eran todos asuntos que más que ocupar espacio en su mente no hacían sino evidenciar la cantidad de huecos que esta tenía. Esto no le suponía ningún problema a la hora de hilar su historia para los nómadas. Además, intuía que ese mismo relato le serviría para ir poniendo en orden sus propios recuerdos. Aquella era una encrucijada en el camino que no por inesperada resultaba trivial, y convenía no precipitarse a la hora de dar el siguiente paso. Lo único que tenía claro es que no tenía nada claro. La razón por la que había iniciado su viaje se difuminaba. Esa motivación que siempre había tenido tan

clara se cubría ahora de nubes con forma de labios, con forma de boca, con forma de ojos cerrados... y así, cayendo en un cielo con fondo de sueño, Sendero acabó por quedarse dormido.

“Conduce hasta nosotros tu sueño, Viajero”.

“¿Cómo?”, preguntó Sendero incorporándose sobresaltado. Quien le había despertado era el joven corpulento. Luna y Nagüel estaban junto a él esperando impacientemente una respuesta. Mirando a un lado y a otro, pudo ver que la mayoría de los nómadas ya estaban levantados y a los pocos que aún dormían los sacaban de su letargo con esas mismas palabras.

“Cuéntanos con qué soñabas”, le dijo el muchacho con cierta timidez.

Sendero, ya más relajado, se acabó de incorporar y se sentó tranquilamente. Antes de que pudiera comenzar a desperezarse, Luna lo agarró de la manga del vestido para poder acompañar sus palabras con tirones.

“Rápido, que se te va a escapar”.

“¿Mi sueño? No sé, me parece que soñaba con un pozo lleno de nubes grises, pero no estoy seguro”. Siguiéndoles el juego cerró los ojos para intentar cazar ese sueño que se evaporaba de su mente. “No. Se fue. Ya no lo puedo recordar”.

“Has pensado en él más de la cuenta”, le dijo el muchacho.

“La verdad es que nunca recuerdo bien mis sueños. Me pasa desde que salí del Valle. Desde entonces solo sueño con gente que nunca he visto y con lugares extraños en los que nunca he estado. Luego hay veces que escucho el eco de mi voz como si estuviera en una cueva y otras que todo lo que toco al estirar las manos es duro y frío como el metal. No recuerdo exactamente qué soñaba cuando estaba en el Valle, pero sí recuerdo que eran sueños que tenían más sentido”.

“La mente deambula libre cuando sueñas”, dijo el muchacho al tiempo que se acuclillaba; “que no le encuentres ningún sentido a los sueños no quiere decir que no lo tengan. Hay nómadas que creen que morir es regresar al mundo de los sueños para siempre. Para la próxima vez, recuerda que lo mejor es intentar no pensar directamente en el sueño, es mejor que sea él el que encuentre su propio camino”.

“Es mi hermano”, dijo Luna con cierto orgullo.

“Me llaman Río”, añadió mientras extendía la mano.

Sendero se fijó en el joven mientras estrechaba su antebrazo como gesto de fraternidad. Si Luna no le hubiera aclarado su relación con él, jamás hubiera imaginado su parentesco. Río era un joven fornido, de brazos fuertes y hombros anchos, al que la túnica con capucha típica entre los nómadas parecía estorbarle, pues solía abrísela hasta la cintura para dejar su torso desnudo cuando el sol y el frío se lo permitían. De su cara de tez cobriza destacaba una nariz imponente, de anchas fosas nasales, bella y en armonía con el resto de las facciones: frente amplia, ojos negros ligeramente rasgados, pómulos salientes y labios gruesos. Su cabello era moreno y lacio y lo solía sujetar con una banda para que no cayera sobre su rostro.

Al ver que Mira se acercaba hacia ellos, Río se sentó a la vera de Sendero y lo mismo hicieron Luna y Nagüel. Poco a poco los nómadas fueron llegando y sentándose uno al lado de otro para acabar por formar un corro. En cuanto estuvieron todos, Mira se dirigió a Sendero.

“Viajero, es hora de que reanudes tu historia”.

“Necesito algo donde poder mezclar el extracto. Un poco de vino estaría bien, como la noche pasada”.

“No es momento de andar bebiendo vino”, dijo Mira con brusquedad. “Loba ha preparado una infusión”, añadió señalando a la mujer que los había recibido antes en el umbral de la tienda. Portaba una vasija ovalada con una caña metida y se acercó hasta donde estaba Sendero para dársela. “Puedes continuar con tu historia, Viajero, pero antes llévanos a tu valle una vez más”.

Sendero vertió el extracto de cactus en la vasija y se ayudó para disolverlo de la caña hueca. Dio un sorbo y se la pasó a Río. Tenía un sabor amargo, peculiar, y dejaba una sensación de aspereza y ganas de seguir bebiendo a pesar de no saber especialmente rico. La vasija comenzó a pasar de mano en mano hasta que le llegó de vuelta. El segundo trago lo encontró más placentero.

El Viajero esperó a que la vasija completara otra vuelta. Entonces, como la noche anterior, comenzó a relatar con aquella cadencia que los sumergía, ayudados por el extracto, en un trance tal que sus palabras eran capaces de evocar imágenes tan reales como los sueños. Y así callaron y escucharon, escucharon y soñaron, soñaron y vieron; y pasearon por los prados, y treparon a los frutales, y refrescaron sus pies en el arroyo, y subieron por las montañas, y bajaron por la gruta, y se encontraron de nuevo con las tortugas.

Tras la gruta

Antes de que la mano de Sendero depositara la tortuga en el suelo, esta ya había comenzado a mover impacientemente sus pequeñas y recias patas. Al sentir el piso firme, marchó a reunirse con sus compañeras tan rápido como su físico le permitía. Una vez quieta en la zona de penumbra era ya indistinguible del resto de la materia inerte de la cueva.

Sendero volvió a asomarse por la salida de la gruta y calculó que aún tenía tiempo de sobra para explorar aquel desfiladero y regresar al campamento en el mismo día. Espoleado por lo desconocido y conducido por el murmullo del agua, descendió hábilmente hasta llegar a un arroyo. El agua fluía alegremente por entre piedras y rocas, dando estas la falsa impresión de irle marcando el camino. Sendero contempló maravillado aquel arroyo; por primera vez fuera del Valle veía aguas limpias y llenas de vida. Había ranas, peces, juncos, musgo, algas y demás materia viva, haciendo de aquel lugar un hallazgo único e incomprensible. La sensación de salubridad era tal que no tardó mucho en decidirse a beber de aquella agua para enjuagarse el polvo y acabar con la sequedad de garganta. Se acercó a la orilla y, acuclillado sobre una piedra, sumergió su mano. El agua estaba fresca y francamente apetecible. Justo cuando sus labios estuvieron a punto de mojarse con el agua mansamente alojada en el cuenco de su mano, escuchó una voz humana, cascada y desafiante, resonando con fuerza entre las paredes de aquel modesto cañón.

“¡El agua! ¡Has encontrado el agua! ¿Qué vas a hacer ahora? ¿Te la vas a beber sin más?”

Sendero se incorporó sobresaltado y las plantas de sus pies resbalaron torpemente por la superficie de la roca humedecida. A pesar de hacer unos patéticos aspavientos tratando de recuperar el equilibrio perdido, no pudo evitar acabar metiéndose en el arroyo. El remanso que había escogido para beber agua era más profundo de lo que parecía y el agua lo cubría hasta la cintura. Estaba fría y la tela del vestido empapada se pegaba a la piel produciendo una sensación desagradable. Aun así Sendero no salió de inmediato, sino que se quedó quieto, bloqueado. Tan solo movía la cabeza a un lado y a otro, arriba y abajo, preguntándose acerca de la naturaleza de aquella voz. El encontrarse fuera del Valle metido hasta la cintura en un arroyo y escuchando una voz humana hacía que la situación estuviera más cerca del mundo del absurdo que de la propia realidad.

“¿Te vas a bañar en ella?”, continuó la voz, “¿en el agua limpia?”. La voz llenaba el barranco de tal manera que a Sendero le resultaba imposible localizar su procedencia. “¡Fuera de ahí!”

“¿Quién está ahí? ¿Quién me habla?”, preguntó Sendero sin mucha convicción. “¿Hay alguien?”

Si había una persona escondida, no había rastro de ella. Quitando unos arbustos en la ladera, no parecía haber mucho más sitio donde esconderse. Pero, si estaba entre aquellos arbustos, ¿cómo era entonces capaz de conocer e incluso anticipar sus movimientos? Empezó a dudar de nuevo. Tan convencido había estado de que fuera del Valle no había ningún tipo de

vida humana que la idea de que aquellas voces fueran producto de su imaginación comenzaba a cobrar sentido. Sin embargo, la voz había sonado con gran claridad y parecía provenir de algún lugar de la garganta donde se encontraba: su origen tenía que ser real... pero ¿no era eso lo que decían los locos del Valle?

“¿Que si hay alguien, dices? Olvídate de eso. Escuchas mi voz, ¿verdad? ¡Pues hazme caso!”, le espetó.

Tras un instante de inacción, Sendero formó un cuenco con la palma y los dedos de su mano y lo hundió con determinación en las aguas cristalinas para llevarlo rebosante a su boca. El agua refrescó sus labios, anegó su boca, lubricó su garganta y la sintió caer como un bálsamo a cada trago que daba. Todavía estático, sus ojos entornados detectaron el rápido movimiento de un pequeño objeto que pasó a escasa distancia de él. Inmediatamente después escuchó el salpicar de lo que solo podía ser una piedra chocando contra el agua. Aquello ya no podía ser producto de su mente. Una segunda pedrada le pasó rozando la cadera izquierda.

“¡Fuera del agua!”, volvió a resonar en la garganta.

No llegó a ver una tercera piedra aproximándose a gran velocidad a su cabeza y, sin embargo, se pudo proteger a tiempo. Sintió la fuerza del impacto en el antebrazo. Sin descubrirse la cabeza por completo, intentó localizar el origen de las piedras. Seguía sin ver a nadie, pero el movimiento de las ramas de unos matorrales no dejaba ninguna duda acerca del lugar de donde surgían las piedras.

“¿Te he dado?”. Sendero no sabría decir si era preocupación o excitación lo que percibía en aquella voz. “Está todo bien. Tenía que hacerlo. Era necesario. Yo... yo no quería, pero tú... tú no salías. Estabas atascado. Necesitaba hacerte reaccionar. Luego te preguntabas si existía, que si era una voz en tu cabeza, así que yo...”. Los arbustos se seguían moviendo, pero Sendero seguía sin ver a nadie. “Perdóname, pero tenía que hacerte ver que no te podías quedar ahí parado. Y la piedra... la piedra estaba aquí, como yo. Yo sí que existo, como la piedra. No solo estoy en tu cabeza. Pero tú comenzabas a dudar de que fuera real, así que no me has dejado otro remedio”. Sendero, siguiendo con la vista el movimiento de los arbustos, observó que las ramas agitadas estaban cada vez más cerca de la orilla. Sendero había salido del agua y estaba ahora recostado en una roca escurriéndose el vestido y sus sandalias de esparto. “Y luego no salías. Seguías ahí, ¡como un pasmarote!, sin hacerme caso, preguntándote si acaso no era más que una voz en tu cabeza...”. La voz continuaba acercándose progresivamente y en su tonalidad se alternaban desdén, paternalismo y suficiencia; y la persona de la que procedía daba la impresión de no estar muy en sus cabales. “Esa es la razón de la pedrada, que te quedara bien claro que yo era real... ¿Qué querías que hiciera? Lo he hecho por tu bien. ¿Lo entiendes? Por tu bien y por el bien de la humanidad. ¡Lo ves como soy de verdad!”.

De entre los matorrales asomó la cabeza de un hombre de considerable edad. Los pelos de su barba y de su cabello, grisáceos, largos, greñudos, formaban un entramado del que asomaba una nariz grande y curvada. Sus miembros eran largos, fibrosos y tenía la piel tostada por el sol y curtida por el tiempo. Sin embargo, se movía con una agilidad sorprendente y en rápidos movimientos se subió a lo alto de una roca para dirigirse a él con ademanes chulescos.

“¡Eh, pasmarote! ¿Tú eres de verdad? ¿O me he topado con un pelele? Que de nada me sirven ni pacatos ni petimetres y ya estoy viejo como para malgastar mi tiempo con pelagatos. ¿Te crees acaso un predestinado? ¡Pamplinas! Papanatas... ¡Demuéstrame primero que eres

un hombre de verdad, un hombre de carne y hueso, un hombre con nervio! ¿Qué tienes para mí?”, preguntó enjarretado desde lo alto.

“¡Pedrada!”, dijo Sendero desquiciado tras coger una piedra y lanzársela al viejo. El cantazo fue certero y el sonido que hizo al alcanzar su cabeza resonó en el desfiladero.

“Podría valer”, dijo el viejo con voz comedida mientras daba unos pasillos temblorosos para atrás a la vez que se palpaba la frente para evaluar los daños.

Fuera por el dolor del impacto, fuera por la impresión de ver su propia mano cubierta de la sangre que manaba por la brecha, el caso es que el viejo empezó a tambalearse mareado en lo alto de la peña. Sendero vio como las matas de pelo blanco amarillento se iban tiñendo de rojo intenso. Esto y el balanceo del viejo al empezar a perder el sentido le hicieron consciente del daño ocasionado por su pedrada. Sin perder un instante, subió corriendo a socorrerlo, pero no pudo llegar a tiempo de evitar que cayera redondo desde la peña. Afortunadamente, el rodar que inició el cuerpo del viejo se detuvo antes de llegar al barranquillo que los separaba. Cuando Sendero salvó el desnivel, se encontró al viejo tratando de incorporarse. Aún estaba notablemente confundido, pero se dejó asir mansamente cuando lo ayudó a recostarse sobre una de las rocas. Como la sangre aún manaba de la brecha, Sendero se dispuso a hacer una venda con una tira de tela de su vestido. Antes de que comenzara a rasgar el vestido, el viejo detuvo el ademán poniendo una mano sobre su brazo.

“Espera”, a decir por la expresión de su rostro, el golpe parecía haberlo normalizado de golpe, “no hace falta que destroces tu vestido, que además estará lleno de microbios. Llévame a mi cueva”. Y señaló la entrada de una gruta considerablemente amplia que horadaba la pared de roca.

Sendero ayudó al viejo a ponerse en pie y lo condujo hacia la cueva mientras se iba mirando de reojo su vestido para ver si era capaz de ver aquellos ‘microbios’ a los que se refería el viejo. Quizás se habían adherido a su vestido mientras estaba en el agua, pero él no fue capaz de ver nada anormal pegado a su ropa. Recorrió la poca distancia que los separaba de la entrada de su guarida con el viejo colgado de su brazo. Ya desde fuera se podía ver con extraordinaria claridad lo que había en su interior. No había visto nada ni parecido en su vida. Una increíble colección de extraños objetos de diferentes formas, tamaños y texturas que poblaban ordenadamente el interior de la cueva. Enseguida le llamó la atención la limpieza y la pulcritud que reinaba en todos y cada uno de los rincones de la cueva. Cualquiera se hubiera imaginado por el aspecto desaliñado del viejo que su cubil estaría igual de descuidado. Con la misma fuerza que la curiosidad lo empujaba hacia el interior de la cueva, sentía a la Costumbre poniéndolo en guardia ante aquel misterioso lugar.

“Primero hay que desinfectar la herida”, dijo tratando de recuperar la atención de Sendero, que se encontraba como hipnotizado por el intrigante contenido de aquel lugar. “Hay una botella de alcohol en aquella estantería”.

Aquel viejo seguía utilizando palabras que Sendero no comprendía, pero al señalar hacia uno de los laterales de la cueva vio unas tablas que salían perpendicularmente de la pared. Se volvió hacia el viejo tratando de calcular hacia dónde exactamente apuntaba su dedo, puesto que sobre las tablas había una variada colección de objetos a cual más extraño y pintoresco. Lo único medianamente reconocible eran unas curiosas vasijas de color ámbar, precisamente

hacia las cuales parecía estar apuntando el dedo del viejo. Sendero alargó la mano hacia ellas y enseguida recibió la confirmación.

“Sí, eso es. Es esa botella, en la que pone *etanol*”. El viejo hablaba como si Sendero lo pudiera entender y Sendero actuaba como si realmente entendiera lo que el viejo le pedía. Así que hizo el ademán de alcanzar una de las ‘botellas’, pero el viejo corrigió su trayectoria. “No, esa no, la que está a su derecha. Sí. Esa. Tráeme esa”.

Sendero examinó con delicadeza el maravilloso objeto que ahora portaba entre sus manos antes de acercárselo al viejo. Su tacto era duro, frío y liso, y a través de aquel material se podía ver la cantidad de líquido que quedaba en su interior. Lo estuvo contemplando hasta que un brusco y apremiante “trae” lo hizo reaccionar. El viejo le arrebató el recipiente en cuanto lo tuvo a su alcance. Después observó anonadado cómo lo abría a base de darle vueltas a un extraño tapón de color negro.

“Ahora ve al arcón. Dentro de él hay una caja roja. Ábrela y tráeme unas vendas”, dijo señalando un voluminoso contenedor que se apoyaba en la pared.

Sendero actuaba como si estuviera soñando, sin voluntad propia, siendo consciente de todos y cada uno de sus movimientos, pero sin ser realmente dueño de ellos. De esta manera, se acercó al arcón de madera oscura, levantó su tapa y enseguida vio la caja roja. Estaba encima de una lámina negra que parecía estar ocultando algo blanco debajo de ella. Cogió la caja roja en sus manos y echó un rápido vistazo al viejo. Este seguía esperando inmóvil, demasiado ocupado en presionarse la herida con la mano y sin apenas ángulo para ver lo que manipulaba Sendero. Sabía que era una imprudencia curiosear y además era impropio de la gente del Valle andar husmeando cosas ajenas. Pero la curiosidad sentida era demasiada y, al cerciorarse de que no podía ser visto, fue incapaz de frenar el impulso de descubrir qué ocultaba aquella lámina negra. No era gran cosa, tan solo una especie de pequeñas telas rectangulares de singular blancura, de textura rígida y a la vez delicada.

“¡Deja de hurgar entre los papeles y tráeme las vendas, que me estoy desangrando!”, gritó el viejo al cabo de unos instantes, dándole la impresión de que le había permitido inspeccionar a gusto.

Sendero abrió la caja roja de inmediato, agarró precipitadamente lo que solo podía ser una venda enrollada y corrió a auxiliar al herido. Por indicación del viejo rasgó la tela en cuatro tiras y empapó una de ellas con aquel líquido misterioso. La tela comenzó a rezumar y pudo sentir que el líquido que mojaba su mano era extrañamente frío. El aroma que desprendía era penetrante y en cierta forma agradable. Siguiendo instrucciones precisas, Sendero usó la tira empapada para limpiarle la herida de la frente, mientras el viejo usaba otra de las tiras para evitar que el líquido mezclado en sangre le resbalara por el rostro. Cuando la herida estuvo limpia, dobló varias veces la tercera tira, la empapó ligeramente en alcohol y la presionó con fuerza contra la brecha. A continuación usó la tira restante para afianzarla, atándola a modo de banda alrededor de su cabeza. Mientras el viejo se tanteaba el vendaje, Sendero le echó mano a la botella. Atraído por el aroma, se la acercó a la nariz. Inspiró precavidamente un par de veces, pero a la tercera se llenó confiadamente los pulmones de aquellos efluvios. Dando un respingo, alejó su rostro de la boca del recipiente mientras notaba el efecto embriagador de aquellos vapores.

“Pero qué haces, hombre”. El viejo comenzó a reír sanamente al ver el rostro de Sendero. “Espera, vamos a hacerlo bien. Este encuentro hay que celebrarlo, sí, como es debido. Porque tú vales”.

Bajo la atenta mirada de Sendero, el viejo se levantó y fue a por otra botella, guardada esta en una especie de caja rectangular. Le quitó el tapón, le dio un generoso trago y se la pasó a Sendero. Sin dudarle un instante, Sendero abrió la boca y vertió el contenido de la botella en ella. El sabor de aquel líquido era dulzón y afrutado y, a pesar de estar a temperatura ambiente, le iba dejando un agradable rastro de fuego en su camino de la garganta al estómago. Mitad imitando al viejo, mitad porque se lo pedía el cuerpo, dio una profunda exhalación. Y así, entre trago y trago, comenzaron a interrogarse mutuamente y aprendieron cómo el destino los había juntado entre las paredes de aquel desfiladero.

Sendero le habló de su valle y de las costumbres que lo gobernaban. Así Sendero le estuvo explicando entre otras cosas cómo la Costumbre prohibía los ingenios mecánicos o el uso de símbolos para comunicarse. Al principio Sendero tuvo la impresión de que el viejo estaba tan sorprendido como él por este encuentro. Aquel brillo en su mirada podía delatar genuina intriga por la existencia del Valle. Pero, en otro momento de la velada, llegó a pensar que el viejo había estado esperando la llegada de Sendero desde hacía tiempo. No podía pensar con mucha claridad, pero estaba especialmente dicharachero y respondía a las preguntas de aquel hombre sin reparos, tremendamente animado por los efectos del brebaje. En un momento dado el viejo se levantó a por otra botella y Sendero pudo recorrer con más detenimiento aquella extraña cueva. Estaba bien iluminada a pesar de no haber fuego encendido y así pudo ver que sus paredes eran lisas y regulares y el suelo de roca plana y sin arena. De entre todo lo que allí había, apenas fue capaz de reconocer una cama, una mesa y una silla. Tal vez, si hubiera tenido la cabeza más despejada, hubiera sido capaz de identificar alguna cosa más.

Por encontrarse Sendero en tal estado, a pesar de tratar de escuchar con atención la historia del viejo, apenas se pudo enterar de un puñado de cosas. Tampoco ayudaron ni el complicado vocabulario que empleaba ni que hablara la mayor parte del tiempo entre susurros, como si temiera ser escuchado. Creyó entender que era el último que quedaba de los suyos. El resto había ido muriendo sin dejar descendencia alguna. Quiso explicarle que antes esta tierra no era así, que tenía más parecido con el Valle que con el desierto que lo rodeaba. Por lo visto ese antes se refería a cientos de generaciones atrás. Su gente, dijo, había tratado de conservar vivo el recuerdo de aquel tiempo. No lo habían hecho por anhelo del pasado, sino para proteger el futuro. A continuación, comenzó a alterarse notablemente y empezó a hablar de ‘ellos’, que eran, si no los culpables, sí los responsables de que la Tierra se hubiera quedado desierta.

Llegado a este punto, el viejo salió de la cueva y miró a un lado y a otro como si hubiera alguien que lo pudiera estar observando. Tras comprobar que en efecto no había nadie, se encaramó, botella en mano, a un peña cercana. Desde allí hizo un gesto a Sendero para que saliera de la cueva y se colocara cerca de la peña. Sintióse poderoso en lo alto, sacó pecho y levantó el puño de manera amenazadora hacia el cielo. No temblaba, vibraba de la fuerza con la que apretaba los dedos. Se echó un trago más y comenzó a maldecir y a despotricar contra ‘ellos’ como si lo pudieran escuchar desde los cielos. Allí era a donde se dirigían sus aspavientos y sus palabras. Al parecer, ‘ellos’, con quienes a veces se encaraba directamente, habían dejado que este mundo reventara y habían salido corriendo. Eso era algo que no se podía olvidar

y su gente sería la encargada de recordarlo siempre, para que la historia no se volviera a repetir.

Continuó un rato más repartiendo exabruptos cada vez más incomprensibles acompañados de espavientos cada vez más exagerados hasta perder el equilibrio y caer de la peña en la que estaba subido. Aquello a Sendero le pareció graciosísimo y comenzó a reírse descontroladamente. También al viejo le debió de parecer digna de risa su lamentable caída, ya que, incapaz de levantarse del suelo, entre quejido y quejido, profería sonoras carcajadas. Una vez que su estado se lo permitió, Sendero lo recogió, lo condujo de vuelta a la cueva y lo ayudó a recostarse en su lecho. Allí le explicó como pudo, pues el estado de su mareo cada vez le dificultaba más el habla, que tenía que regresar al Valle. Su compañero lo esperaba en el refugio y debía partir antes del anochecer.

“¿Volverás?”. El viejo lo retenía amarrándole fuertemente el brazo. Lo miraba fijamente con gesto sereno. No parecía estárselo pidiendo como un favor, más bien necesitaba una confirmación. Sendero trató de desasirse, pero la mano del viejo lo sujetaba con firmeza, dándole a entender que no lo soltaría hasta tener una respuesta. El viejo estaba expectante y fijaba sus ojillos grises en el brazo y en la cara de Sendero alternativamente.

“Claro que volveré”, dijo Sendero por fin. Sus palabras tardaron en salir, pero eran sinceras, “a lo mejor tardo unos días, pero volveré”.

“No tardes”, dijo satisfecho, soltándole por fin el brazo, “no me queda mucho tiempo y tengo muchas cosas que enseñarte. Lo primero es aprender a leer. Es la única manera que hay de conocer lo que no te quieren contar”.

“Viejo, yo sé que tú hablas, y yo prometo que te escucho, pero lo que es entenderte no te entiendo nada”.

“Es mejor así, ya lo entenderás cuando sea necesario”.

La partida

Un quejido entrecortado, sin llegar a llanto, rompió el trance en el que se hallaban sumidos. Era el bebé reclamando para sí toda la atención de su madre. Había estado durmiendo plácidamente en la banda de tela donde normalmente lo cargaba para aligerar su peso. Tenía hambre y sabía muy bien que llorando lo justo la fuente de la leche no tardaría en aparecer. La madre sonrió, se llevó la mano a uno de los pechos y colocó la cabeza del pequeño al alcance de su pezón. El bebé se lanzó con ansia hacia él, gruñendo dulcemente por la tardanza y comenzó a mamar con esmero. Ahora el centro de atención ya no era el Viajero, sino aquel ser glotón de cuerpecito rosado y orondo. Recostado contra la madre lactante todavía dormía el otro niño pequeño. El trajín no tardó en despertarlo. Al ver a su hermano succionar con fruición de uno de los pechos, fue de inmediato a buscar el que estaba libre. Ya comía cerdo como los demás, pero le gustaba darse un pequeño homenaje de leche cada vez que veía al bebé amamantándose. Ojosverdes sonrió melancólicamente al contemplar la escena.

“¿No es maravilloso?, solo tienen camino por delante. A los viejos como yo lo único que nos mantiene vivos son los momentos como este y el pensar en las huellas de nuestras pisadas”.

“Y al resto de nosotros lo que nos mantiene con vida son los pasos que damos para seguir en el camino”, añadió con tono distendido el de la barba bermeja mientras se estiraba tras levantarse. Allí de pie se le veía inmenso. Él era con diferencia el más grande de los nómadas. No solo era alto y corpulento, sino que, desde los dedos de las manos a la planta de los pies, todo era grande en él. Tan solo los ojos parecían empequeñecer en comparación con su portentosa nariz, sus cejas pobladas, sus poderosos carrillos y, por supuesto, la mata densa y rizada de pelo rojizo que poblaba su cara. También su boca, su cuello y su torso eran grandes, y parecía estar continuamente esforzándose por controlar el volumen del chorro de voz producido por tamaños pulmones. “Mira, ¿nos ponemos en marcha?”.

“Nos ponemos en marcha, Barbarroja”, respondió Mira levantándose también. “Como dijo Ojosverdes, es una suerte que hayamos encontrado agua, pero quedan muchos días de camino y andamos justos de comida para atravesar el primer llano”.

“Por fortuna el camino sigue con dos bocas menos que alimentar”, dijo sonriendo la compañera de Ojosverdes.

“Y dos bocas menos con las que conversar”, replicó Mira. “Es una gran pérdida para nosotros, pero supongo que ya no hay vuelta atrás”.

“La decisión de detenernos aquí la veníamos tomando desde que dejamos el último refugio”, dijo Ojosverdes. “Solo pedimos que nuestro recuerdo no se quede en el camino”.

“Eso es algo que no hacía falta pedir”, dijo la nómada que estaba embarazada mientras se acariciaba tiernamente su prominente barriga. “Si es una niña, caminará con el nombre de Estela. Tened por seguro que de alguna manera siempre os sentiremos viajando entre nosotros”.

“¿Y si es un niño?”, preguntó Ojosverdes.

“Si es un niño, dependerá del color de sus ojos”, contestó Barbarroja.

Quizás porque trataron de imaginarse el color de los ojos de la criatura al nacer, cada uno de los nómadas acabó por sumirse en sus propios pensamientos. El resultado fue un confortable silencio que nadie deseaba perturbar, ni los mayores ni los niños, ni siquiera el bebé, que todavía mamaba reconfortado por el alimento y el calor maternal. Fue Ojosverdes el primero en romper el círculo que todavía formaban los nómadas. Dio unos pasos hasta alcanzar el umbral de la tienda, recorrió ligeramente la piel que los protegía del exterior y permaneció unos instantes observando el páramo desierto hasta que encontró las fuerzas necesarias para romper el silencio.

“El sol ha dejado de castigar. Mira, no se puede demorar la partida”, dijo solemne.

Mira sabía que tenía razón, como lo sabía el resto de los nómadas. El momento de la despedida se hacía inminente. A pesar de eso, la nómada se levantó y recorrió la distancia que la separaba de Ojosverdes, todavía de pie junto al umbral de la tienda. Cuando hizo el ademán de recorrer las telas para ver con sus propios ojos la posición del sol, Ojosverdes detuvo su brazo. Mira volvió la vista y se encontró con aquellos ojos verdes, acuosos y con el contorno enrojecido.

“No hay nada que comprobar, hay que partir ya”, le dijo con cierto temblor en la voz.

Los ojos de Mira llevaban un tiempo humedecidos, pero hasta ese momento las lágrimas no habían llegado a rebosar por la comisura de sus párpados.

“¡Nómadas, en pie!”. La voz de Mira comenzó a salir serena, dulce, pero en las últimas notas podía percibirse cómo se iba quebrando; por eso ya no añadió nada más, para que su voz no se rompiera en pedazos. Por eso y porque ya no había mucho más que añadir.

Poco a poco los nómadas se fueron poniendo en pie; también Sendero. Uno por uno se fueron despidiendo por última vez de la pareja que había decidido quedarse a morir en el lugar donde sus ojos se encontraron por primera vez. Palabras de despedida vacías de contenido pero llenas de sentimientos, besos, abrazos, miradas emocionadas y lágrimas rodando por las mejillas fueron llenando el interior de la tienda. No se oyó ningún llanto, ningún sollozo, ni siquiera un lamento, no hicieron un drama del curso natural de la vida.

Sendero observaba la despedida con cierta distancia hasta que su mirada se cruzó con la de Ojosverdes. Con una ligera inclinación de cabeza lo invitó también a despedirse de ellos. Se acercó y dio un beso en la mejilla a Estela. Cuando fue a despedirse con un abrazo de Ojosverdes, este lo retuvo por unos instantes asegurando que el alcance del susurro se limitara a los oídos de Sendero.

“Tu relato me ha traído un recuerdo que creía perdido, Viajero. Un cuento que mi madre me contaba y en el que había un valle tan fantástico como el tuyo. ¿Es real lo que cuentas?”

“Lo cuento tan real como lo recuerdo”, le contestó también al oído. Luego se separó por pudor. “Cuando cuente la bonita historia de Estela y Ojosverdes, la haré tan real como me permiten mis recuerdos”.

“¡Qué, Ojosverdes!”, exclamaron a sus espaldas sin dejarle tiempo para digerir lo que había escuchado de boca del Viajero, “¿quieres que te dejemos aquí al Viajero para que te acabe de contar su historia?”. La boca de la que habían salido dichas palabras era ahora una sonrisa

franca y simpática. Los dientes blancos, bien alineados, contrastaban con el color oscuro de la piel del nómada que se había plantado frente a Sendero.

“No te preocupes, Gatonegro, que el Viajero se marcha”, dijo Ojosverdes soltando el brazo de Sendero. Gatonegro entonces abandonó su postura de brazos en jarra para dar un efusivo abrazo a Ojosverdes.

“Dame un último abrazo, compañero. Ahora sí que nos vamos. Viajero, tú conmigo, que necesito a alguien que me ayude a tirar del carro, porque el que antes tiraba conmigo tiene mejores cosas que hacer”. Y lanzó una tierna mirada a Ojosverdes.

Sendero se dejó conducir por el brazo del nómada hasta donde estaba el carro. Gatonegro era de estatura media, complexión fina y compacta, tez muy oscura, casi negra, rostro lampiño, facciones redondeadas y pelo ensortijado. Se solía mover con suavidad y elegancia, pero gesticulaba mucho y sus ojos resultaban tremendamente expresivos. Con aquel mirar tan elocuente le supo decir a Sendero sin mediar palabra que lo ayudara a poner sobre el carro las pieles y las estacas de la tienda de los nómadas. La habían desmontado en un abrir y cerrar de ojos y la tribu estaba ahora a merced de los elementos. Los rayos del sol caían sesgados y ya no los sufrían tanto, pero el aire que corría todavía quemaba al respirarlo. Los nómadas se movían rápido y de vez en cuando iban dejando bultos al pie del carro para que Gatonegro y el Viajero los fueran colocando en él.

“Así, a echarnos una mano”, soltó de repente Gatonegro con una familiaridad propia de los que se conocen de toda la vida, “que no todo va a ser andar, comer, beber y contar historias. El cerdo hay que ganárselo. A todo esto...”, dijo plantando una mano en su hombro y gesticulando para indicar confianza, “quiero que sepas que la idea no ha sido mía, que si por mí fuera me traería a Río para tirar conmigo del carro, pero a Mira le pareció mejor arreglo este. A ver cómo andas tú de brazo”. Al tiempo que decía estas palabras, la mano de Gatonegro había descendido con suma naturalidad del hombro al brazo de Sendero para poder agarrarle el bíceps. A Sendero le sentaba terriblemente bien que los nómadas hubieran comenzado a romper esa barrera invisible que solía separar su propia carne de la de los demás. La tensión que encontró Gatonegro en el brazo del Viajero no fue, por tanto, producto de la incomodidad ni de la aprensión, sino fruto de la vanidad. “Pues no andas mal”, añadió sin tratar de disimular su sorpresa. “Para que luego no digas que te damos mal de comer. Y es que es lo bueno que tiene el marrano, que lo mismo nos alimenta con su cuerpo”, y le dio un par de intensas palmadas en el brazo, “que nuestro cuerpo puede acabar alimentando al marrano. Así que ya ves, Viajero, lo bien que nos apañamos, al final nada se desperdicia por el camino. Nos ayudas a tirar del carro, nos entretienes con tu historia y si al final resulta que...”.

“¡Nómadas, partimos!”. La voz de Mira se había elevado por encima de las pequeñas e intrascendentes conversaciones del resto de los nómadas. Todos habían acabado su tarea y ahora el campamento se había convertido en una serie de bultos para transportar y una ordenada pira de marranos.

Estela y Ojosverdes observaban la escena desde la pequeña gruta escogida para pasar sus últimos días. Los rayos de sol iluminaban con una inclinación tal que las sombras proyectadas por aquel grupo de seres y objetos daban la impresión de querer comenzar a perderse en la distancia.

Los nómadas eran conscientes de que había llegado el momento de emprender la marcha y las palabras de Mira apenas señalaban el momento de poner un pie delante del otro. La voz de Mira tuvo en Sendero un efecto diferente. Al contrario que los nómadas, no se puso en marcha inmediatamente. En lugar de eso, su cuello, ignorando por completo lo dicho por la nómada, había hecho rotar su cabeza para poder afrontar aquel cuerpo de mujer. Así pudo ver la silueta de Mira moviéndose al contraluz de un sol creciente y enrojecido. Se quedó embelesado ante aquella imagen con poder suficiente para colmar su mente y paralizar su cuerpo. Fue apenas un instante, pero bastó para que los siempre al acecho ojos de Gatonegro se percataran del embrujo que se cernía sobre el Viajero.

“Viajero, ¡andando! Agarra con fuerza y tira del carro”, dijo mirándolo con una mueca burlona dibujada en sus labios.

Sendero se puso a tirar del carro de inmediato. Al principio parecía que los dos solos no iban a ser capaces de mover aquel armatoste de madera con ruedas de radios improvisados y llantas protegidas por retales de goma negra. Ignorando sus quejidos, fueron haciendo girar las ruedas sobre su eje hasta conseguir arrancarlas de la tierra, donde parecían haber intentado echar raíces. Tras la primera vuelta, el carro adquirió la suficiente inercia como para comenzar a rodar reticentemente. Durante el esfuerzo se habían estado mirando el uno al otro para poder aunar fuerzas sin necesidad de tener que malgastar el aliento con palabras. En cuanto Sendero recuperó algo de aire se dirigió a Gatonegro. Todavía mantenía aquella expresión burlona en su cara.

“Tú eres al que llaman Gatonegro, ¿verdad?”, preguntó Sendero tratando de disimular el estado de turbación producido por tal gesto.

“Sí”, contestó sin pestañear, para después cambiar aquella media sonrisa por un rostro rígido y severo. “¿Sabes por qué?”.

La respuesta parecía evidente a ojos de Sendero dado que el color de su piel era varios tonos más oscuro que cualquiera de los demás nómadas. Sin embargo, la mirada fija de Gatonegro no le permitía articular lo obvio. Era la primera vez que Sendero hacía una pregunta tan directa a uno de los nómadas. Ignoraba por completo el origen de la tensión. Los ojos de Gatonegro estaban clavados en los de Sendero. Seguía sin mover ni un solo músculo de su cara. La tirantez de aquel cutis lo ponía nervioso y no era capaz de articular palabra. Cuando las palmas de sus manos ya comenzaban a transpirar, vio los pómulos de Gatonegro elevarse y cómo se contraía la comisura de sus párpados. Los ojos, su globo blanco y su iris negro, permanecían inmutables. Bastaron unos sutiles cambios en la piel que los circundaba para hacerles perder cualquier atisbo de hostilidad. Gatonegro no pudo sujetar por más tiempo la sonrisa. La cara de confusión del Viajero le pedía en realidad una carcajada, pero se contuvo por prudencia. No era Gatonegro de aquellos que disfrutaban del sufrimiento ajeno, por eso decidió darle un respiro.

“Así que no sabes por qué me llaman Gatonegro”, le dijo acompañando sus palabras con una sonrisa que tenía algo de maliciosa. “Cuando hayamos caminado juntos lo suficiente te lo enseñó”.

Sendero se relajó de inmediato tras la respuesta de Gatonegro, pero lo dejó más descolocado si cabe. El resultado fue una sonrisa tímida y bobalicona, producto de la confusión y ajena a cualquier tipo de gracia.

Gatonegro era ya incapaz de aguantarse la risa y ahora manaba fresca y sana, dejando sus dientes al descubierto. Sendero también comenzó a reír con él sin tener realmente ningún motivo para ello. Pero lo insólito de la situación y la necesidad de descargar la tensión acumulada le hacían batir con fuerza su diafragma. Tan desinhibidamente reían que el sonido de las carcajadas llegó con nitidez a los oídos de quien caminaba delante de ellos. Eran Mira y el nómada melencólico, que ralentizaron un poco el paso para poder echarles un vistazo tranquilamente. Aquel gesto los cohibió y la risa murió de inmediato. Pudieron entonces escuchar el murmullo de la conversación de la pareja de delante. Gatonegro se estaba enjugando las lagrimillas y Sendero aprovechó para mirarlo con complicidad.

“Sí, Viajero, seguro que hablan de ti, si es lo que te preguntas. Últimamente todo el mundo habla de ti”.

“¿Quién es el que va al lado de Mira?”.

“Leo. Es su hermano”. La atención con la que el Viajero miraba a Gatonegro era una incitación para lanzarse a hablar. “Es curioso las vueltas que da la vida. De niños, Leo quería y protegía a Mira por encima de todo. A medida que crecieron, el exceso de celo protector de Leo comenzó a convertirse en un problema. A veces se comportaba de forma agresiva con los chicos que se acercaban a ella. Se le pasó en cuanto encontró compañera. Cuando Caradeplata se unió a nuestra tribu como compañero de Mira, Leo y él se hicieron rápidamente amigos. Por aquel entonces, Brisa, la compañera de Leo, estaba a punto de parir. Dicen que la felicidad ahuyenta los temores, pero atrae los peligros. El día del parto, toda la expectación destinada a convertirse en alegría se truncó en dolor. Leo perdió a Brisa y al niño ese mismo día. Se quedó destrozado. Comenzó a oscurecer, a menguar. Iba en camino de fundirse con su propia sombra. No hablaba, no comía, apenas bebía. Todos creímos que terminaría por abandonar y dejarse morir en el camino. Ni siquiera Mira podía ayudarlo. Sin embargo, otro suceso trágico vino a sacudir su estado de letargo: primero la desaparición y luego la muerte de Caradeplata. No fue el hecho en sí, la muerte ya no podía tocarlo, fue ver el dolor en su hermana, darse cuenta de que Mira podía estar sufriendo tanto como él había sufrido. Y como para Leo ya no había cabida para más sufrimiento, lo pudo canalizar de una manera muy diferente. Del temor a que Mira se sumergiera con él en una ciénaga de dolor, surgió la fuerza que necesitaba para salir del fango. Mira pronto entendió el bien que le hacía a Leo sentir que la ayudaba, y se dejaba querer, pero sobre todo para animar a Leo. De esta forma Mira se sentía reconfortada por partida doble, porque el cariño de Leo también le valía para recuperar a su hermano. El caso es que ahí los ves otra vez, cuidando el uno del otro. Es bonito verlos sonreír de nuevo”.

Mira y Leo habían apretado el paso y ya los veían caminar muy por delante de ellos. Andaban rápido, adelantando al resto de los nómadas para ponerse a la cabeza antes de que salieran las estrellas. Faltaba poco: el sol se acababa de ocultar por completo y de su presencia solo quedaba el rastro de un gradiente de azules en el cielo.

A las palabras de Gatonegro siguió un cómodo silencio invitando a la pareja a sumirse en sus propios pensamientos. Los de Sendero giraban en torno a la figura de Leo como hermano protector de Mira; los de Gatonegro surgían del escozor de una herida por cicatrizar, porque pensar en la muerte de Caradeplata todavía dolía.

“Lo quería mucho, a Caradeplata”, murmuró Gatonegro sin tener muy claro si quería compartir aquella reflexión en voz alta con Sendero.

“Te entiendo”, dejó caer Sendero para intentar mostrar su empatía.

“No, no creo que me entiendas”, lo cortó afablemente. Luego, alzó la vista para encontrarse con los esperados puntos de luz apareciendo en el azul oscuro del firmamento. El silencio le permitió ser consciente del sonido de sus pasos en la tierra, del rodar del carro y de unas risas apagadas por el viento y la distancia. Todo sonaba triste y cargado de melancolía. “Ya salen”. Se forzaba a usar un tono más alegre, quizás animado por los tímidos destellos de las estrellas. “Las estrellas, ya salen”.

Pero Gatonegro bien sabía que no salían. Las estrellas, como su dolor, siempre estaban ahí. Solo hacía falta el anochecer para mostrar lo que antes ocultaba la luz del sol, de la misma manera que solo hacía falta el silencio para volver a acordarse de la muerte del nómada y volver a sentir su pérdida. Como casi siempre, tras el dolor vino la rabia: una rabia interna, contenida, pero capaz de hacerle bullir las sienes y obligarlo a apretar con fuerza la mandíbula. La muerte de Caradeplata había sido causada por la mano del hombre y como tal no había sido algo inevitable.

“Viajero, mírame a los ojos”, dijo con seriedad, haciendo que Sendero se volviera hacia él de inmediato. La falta de luz comenzaba a confundir formas y colores, pero de alguna manera los ojos de Gatonegro parecían brillar con luz propia. “Si Mira decide que fuiste tú quien mató al nómada y hay que detener tus pasos, seré yo quien te hincó el cuchillo”, soltó Gatonegro tras un breve silencio usando un tono calmado, casi neutro.

La falta de luz le impedía leer la expresión en el rostro de Gatonegro. Por eso, aquellas palabras sin énfasis alguno y huérfanas de gestos faciales se quedaron sin poder transmitir todo su significado. A pesar de lo incompleto de la comunicación, esas palabras tuvieron un doble efecto. Por un lado sirvieron de desahogo a Gatonegro, como vehículo para canalizar su rabia. Por otro lado recordaron cordialmente a Sendero que los lazos creados jamás serían lo suficientemente fuertes como para sujetar el brazo ejecutor llegado el caso. Sendero intuyó que era mejor permanecer callado y hacer a Gatonegro gestor del silencio producido tras aquella sentencia.

“Ahora las estrellas comienzan a dibujar figuras en el cielo”, retomó la conversación Gatonegro con voz calmada mientras observaba cómo se iban definiendo las estrellas a medida que ennegrecía el cielo. “Las estrellas nos hablan, ¿sabes? Tienen mucho que decir a quien sabe escucharlas. Mira sabe escucharlas como nadie. Lo aprendió de su padre. También trató de enseñar a Leo, pero no tenía un oído tan fino como la pequeña Mira. Las estrellas le dicen el momento de emprender la marcha, hacia dónde marchar para escapar del calor o del frío e, incluso, nos trazan caminos por el desierto. Es curioso, las estrellas, tan lejos y guiando nuestros pasos...”

“El carro viene con mucho retraso”. La voz grave y potente de Barbarroja hizo visible su cuerpo, hasta ese momento apenas perceptible por la falta de luz. Solo cuando estuvo a unos pocos pasos, pudieron verle la cara. “¿Qué?, Gatonegro, ¿es que ya no puedes hablar y andar al mismo tiempo?”, añadió Barbarroja una vez que se puso a caminar a su vera.

“Puedo hablar, andar, tirar del carro con una mano y contarte los pelos de la barba con la que me sobra”, contestó Gatonegro apretando el paso y sin perder la compostura.

“Con no bajar el ritmo es suficiente”, dijo Barbarroja sin alterar su tono cordial. “Mira anda preocupada por el retraso que lleva el carro, el grupo va muy por delante”.

“¡Anda!, Mira preocupada por nosotros”, soltó Gatonegro incrédulo. “No sé si molestarme o sentirme halagado... ¿O quieres decir que anda preocupada por el Viajero...? ¿No creerá que el Viajero pueda hacerme algo?, ¿o que yo vaya a hacerle algo al Viajero?”, añadió socarrón.

“No es que ande preocupada”, cortó Barbarroja sin mucho interés por entrar al trapo, “simplemente quiere asegurarse de que todo vaya bien. El traspies del cerro nos ha retrasado la marcha considerablemente. No quiere ningún otro imprevisto”.

“No tiene mucho sentido preocuparse por imprevistos”, replicó Gatonegro, que tenía unas ganas tremendas de enzarzarse en una discusión con alguien que le diera más juego que el Viajero. “Si no los ves venir, ¿cómo te vas a preocupar por ellos?”.

“Precisamente. La única manera de irlos viendo venir es preocuparse de ellos”, dijo Barbarroja manifestando cierto interés por el tema. “Pero ya te he dicho que Mira, lo que es preocupada no anda; solo quiere que los que tiran del carro aligeren la marcha. Así que me voy a poner yo a tirar contigo, Gatonegro, y tú, Viajero, vas a ir hasta donde camina Mira, ¿la ves?”. El silencio del Viajero fue interpretado como un no. “No importa, tú camina ligero, en línea recta, siguiendo el murmullo de los nómadas, que ya se encargará ella de encontrarte”, dijo mientras le quitaba la pértiga del carro con una mano y con la otra lo empujaba para indicarle la dirección a seguir.

“Ahora tú y yo, volvamos al tema”, escuchó Sendero decir a Barbarroja a sus espaldas, “vamos a ver de qué te puedes y de qué no te puedes preocupar”.

“Yo solo digo”, comenzó a explicar Gatonegro con calma, “que para ocuparte de algo tienes que saber de lo que te ocupas, lo tienes que ver. Si quieres ocuparte por adelantado, o preocuparte, pues no te queda más remedio que haberlo visto antes, o por lo menos haberlo previsto. Pues ya me explicarás cómo te vas a preocupar de un imprevisto”.

“Creo que entiendo lo que quieres decir y, sin embargo... ir preparando... experiencia...”. Las palabras del diálogo comenzaban a confundirse entre las ráfagas de viento haciendo las frases ininteligibles.

Aunque Sendero continuó escuchando los sonidos de sus voces, llegó un momento en que ya no fue capaz de identificar ninguna palabra de aquella curiosa conversación. Siguió andando hasta que el volumen del murmullo de los de atrás no se escuchaba mucho más alto que el de los nómadas que caminaban delante. Iba casi a ciegas, siguiendo el rastro de los nómadas con el oído. Al principio, tan solo veía estrellas en un fondo azul oscuro, casi negro. Luego creyó empezar a distinguir siluetas andando por una superficie negra sin contraste ni relieve. Le costaba recordar la última vez que había sido dueño de sus pasos, si es que alguna vez lo había sido, pero no se le había olvidado ni el placer de dirigir su propio camino ni el de sentir el futuro ensancharse ante sí. La sensación le duró lo que tardó una voz en sobreponerse al sonido que hacía la arenilla al compactarse bajo sus pies.

“Viajero, aquí”. La voz de Mira. Estaba muy cerca porque no había tenido que gritar para ser oída. Sendero sintió entonces un ligero cosquilleo en la boca del estómago. Quizás fuera por llevar un rato rumiando la idea de escapar, o tal vez fuera la reacción natural a que ella lo llamara en la noche. Aceleró el paso de inmediato dirigiéndose hacia la voz hasta sentir a la nómada lo suficientemente cerca. Sendero ralentizó la marcha instintivamente cuando pudo caminar a su vera, pero una leve presión en el brazo lo invitaba a mantener el ritmo.

“Gatonegro me ha dicho que tú sabes escuchar a las estrellas”, soltó Sendero, para aparentar un estado de calma bastante alejado de cómo se sentía realmente.

“Así que eso te ha dicho Gatonegro”. A pesar de la cercanía, la figura de la nómada no dejaba de ser una silueta cuyas facciones estaban protegidas por la oscuridad. Sin embargo, cierto matiz en el tono de su voz, quizás producido por una tensión adicional en la comisura de los labios, parecía indicar que estaba sonriendo.

“¿Por qué lo llaman Gatonegro?”, se apresuró a preguntar Sendero para prolongar la distensión del momento.

“Eso será mejor que se lo preguntes a él”.

“Ya se lo he preguntado”.

“¿Y qué te ha dicho?”.

“Que cuando hayamos caminado más tiempo juntos me lo enseña”.

Mira soltó entonces una carcajada tan breve como sorpresiva. Rio de manera precisa, intensa, liberadora, dejándole un agradable cosquilleo en cada músculo empleado. A Sendero tampoco lo dejó indiferente aquella risa: solo ciertas melodías habían sido capaces de erizarle el vello de las entrañas como ahora lo había hecho la carcajada de Mira. Tan complacido estaba Sendero de haber hecho reír a Mira que ni siquiera se preguntó por lo que le hacía tanta gracia.

“Bueno, pues dejaremos que sea el mismo Gatonegro quien resuelva el enigma”. Permaneció callada un rato para después continuar hablando en un tono cordial, pero mucho menos familiar. “Vamos a montar el campamento en breve, pero antes vamos a avivar la marcha ligeramente. Por eso ha ido Barbarroja a tirar del carro con Gatonegro. Si ya le costaba mantener el ritmo contigo a su lado, era muy probable que se descolgara en cuanto aceleráramos el paso. Hay que aprovechar mientras haya luz y fuerzas. Luego comeremos algo y descansaremos, pero antes de echarnos quiero que continúes con tu historia y nos llesves a tu valle una vez más. Creemos que lo que nos cuentas puede ser importante. Además a los nómadas nos hace bien cada vez que nos llevas al Valle. Desde que empezaste a hablarnos de él, los encuentro más relajados, más tranquilos, más esperanzados de que todo va a marchar bien”.

“¿Qué habría de salir mal?”, preguntó Sendero, quien ya había empezado a notar en sus piernas el nuevo ritmo de Mira.

“Mira, ¿les digo que aprieten ya?”, interrumpió una voz profunda y algo cascada que llegaba desde atrás. Leo los venía siguiendo unos pasos más atrás. La luz era escasa y no se le veía la cara, pero bastaba para apreciar su característica pelambreira.

“Sí”, contestó Mira de inmediato. “Asegúrate de que todos pueden seguir bien nuestro ritmo, no quiero que nos desperdiguemos más de la cuenta. Y no tardes mucho”.

“Vale”. Aunque Sendero dedujo que Leo se descolgaba y comenzaba a crecer la distancia entre ellos, su presencia no pareció alejarse del lado de Mira lo más mínimo.

“¿Qué habría de salir mal, me preguntabas, Viajero?”, dijo Mira sin volverse hacia Sendero. Luego calló y el silencio evidenció el sonido de sus pasos en la tierra. “Se nota que nunca has tenido que preocuparte de una tribu entera caminando por el desierto”. Hizo otra larga pausa para dejar hablar al viento. “Los nómadas no viajamos por capricho, nuestra vida depende de ello. Hay más tribus como la nuestra y cada una ha encontrado su propia manera de sobrevivir. Todas nos encaminamos cada cierto tiempo a un lugar común. En él hay una laguna que

se llena de agua periódicamente. Lo llamamos el Oasis”. Su voz iba adquiriendo una intensidad casi dramática. “El agua allí no dura siempre y, cuando acaba por desaparecer, tenemos que buscarnos la vida en otro lugar. Pero sabemos que el agua siempre vuelve y por eso la mayoría de las tribus regresan allí una y otra vez. Hay tribus que no regresan nunca y, otras veces, tribus que se daban por perdidas vuelven a aparecer por el Oasis al cabo del tiempo. ¿Qué sentido tiene andar de un lado para otro si podemos asentarnos? Como esto no suele ser posible, lo normal es acabar en el Oasis. Allí además de agua siempre hay gente solidaria que te ayuda y te acoge en caso de necesidad. A veces ocurre que una tribu se descompone y sus miembros se reparten entre otras tribus. Así fue como Toro y Ola pasaron a formar parte de nuestra familia. A otras tribus no volvemos a verlas nunca más, ni siquiera nos llegan noticias suyas. Nadie las vuelve a encontrar en el camino y su recuerdo acaba por desvanecerse entre el polvo del desierto. También de cuando en cuando aparecen gentes nuevas por el Oasis, siempre contando la misma historia: el lugar donde estaban asentados ya no daba más de sí y se tuvieron que marchar siguiendo los pasos de los nómadas. Pero a estas tribus es raro volverlas a ver por el Oasis; les cuesta navegar, se arrastran sin el temor suficiente por el desierto, no saben que la muerte descansa plácidamente a la sombra de cada grano de arena, no entienden que su vida depende de cada paso que den, que por eso hay que darlos con cuidado, que un paso de más en aquella dirección o un paso de menos en aquella otra es a veces la diferencia entre seguir vivo o morir en el desierto. Sobre todo es complicado cuando tienes que cuidar de un grupo tan grande, con ancianos y niños y mujeres embarazadas. Supongo que cuando viajas solo puedes equivocarte y tu vida no corre peligro si sabes rectificar a tiempo. Pero nosotros, los nómadas, tenemos los pasos contados. Por eso seguimos con trazos precisos la ruta que nos marcan las estrellas. Ellas nos dicen por dónde, ellas nos dicen cuándo. Cualquier retraso, cualquier cambio inesperado en la ruta nos sitúa en una posición de incertidumbre. Cuando esto ocurre, solo conseguimos calmar el desasosiego volviendo al camino trazado. Ahora tratamos de volver a él, forzando la marcha, y aun así no noto a mi gente especialmente nerviosa”. Mira hizo una pausa para dejar que las palabras calaran en la cabeza del Viajero. “Creo que es tu relato”, continuó en un tono más suave pero igualmente intenso, “lo que les proporciona la calma que necesitan para no desesperar. Es como si al volver de tu valle tuvieran la sensación de que todo va a salir bien. A mí me ocurre y Leo me ha contado que también tiene la misma sensación después de escuchar tu historia. No sé si es la imagen de tu valle, tu voz, el extracto de cactus o todo a la vez, pero nos sienta bien a los nómadas”.

“¿Qué le cuentas al Viajero?”. Pareciera que Leo nunca se hubiese ido. Así como Sendero no lo oyó marchar, tampoco lo sintió volver. Pero no se sobresaltó en absoluto, puesto que de alguna manera Leo había permanecido allí todo el rato, cuidando de Mira, vigilando al Viajero.

“Lo que nos ocurre cuando nos lleva al Valle”, contestó Mira.

“Viajero”, Leo se había puesto a su lado y Sendero ahora caminaba entre los dos hermanos, “tú contabas historias en tu valle de la misma manera que nos las cuentas a nosotros, ¿verdad?”. Sendero asintió. “Si a nosotros nos llevas a tu valle, ¿adónde llevabas a la gente de tu valle?”, preguntó incisivo.

“Los llevaba fuera de él”. El Viajero no respondió inmediatamente, dando la impresión de haber tenido que reflexionar antes de poder darle una respuesta. “Al desierto si hacía falta, pero siempre fuera del Valle. Así podían deslizarse entre las rocas muertas, acariciar árboles

secos y tragar el polvo de los caminos. Con las historias tratábamos de recordar que, aunque el Valle era un regalo, el mantenerlo tenía un precio, que existía un pacto en el que la Costumbre pedía de nosotros esfuerzos, abnegación y algún que otro sacrificio. Les contaba que lo que separa al Valle del desierto que lo rodea no son las montañas que lo franquean, ni el agua que cae de las nubes que lo cubren, sino una barrera hecha con sus propias manos: las manos del hombre que sigue la Costumbre. Las historias nos transportan fuera del Valle, a otro lugar, a otro tiempo, allí donde antes gobernaba la mano del hombre que no seguía la Costumbre y veíamos la Tierra como el resultado de moldearla con dichas manos”.

“Pero, si nunca salías del Valle, ¿cómo sabías cómo era el resto de la Tierra?”, preguntó Leo.

“No lo sabíamos, lo más que hacíamos era asomarnos al desierto. Allí llevaba a mi gente. Luego les contaba historias del hombre que vivía fuera del Valle”, contestó Sendero.

“¿Historias de nómadas?”. Las preguntas de Leo eran cordiales pero directas.

“No exactamente. Las llamamos historias del Antiguo. Son historias de hombres que usaban instrumentos complejos, capaces de manejar la naturaleza a su antojo, maestros en moldear la realidad según su conveniencia. Les hablaba de hombres que no sentían la responsabilidad de lo que hacían sus manos”.

“¿Y de dónde venían tus historias?”, continuó preguntando Leo.

“¿No será mejor esperar un poco y que nos lo cuente a su debido tiempo, como él sabe hacerlo?”, intervino Mira. “Tampoco prolongaremos mucho rato más nuestra marcha por hoy. Hace bastante que no forzamos tanto las piernas y no conviene agotarlas nada más empezar la marcha”.

Leo dejó de interrogar al Viajero, aunque las preguntas acerca de las extrañas costumbres de la tierra del Viajero no dejaron de bullir en su cabeza. Sendero se sentía completamente cohibido por la presencia de Leo y no osaba abrir la boca. Mira, sin embargo, estaba extrañamente cómoda, concentrándose en las estrellas, sintiendo el frescor de la noche, acomodando su vista para reconocer el relieve en la oscuridad, escuchando sus pisadas, las ráfagas de viento y el murmullo de los nómadas. Permanecieron callados hasta que Mira decidió hacer un alto.

La hilera de nómadas se fue agrupando y la mayoría fue sentándose a descansar. Una de las nómadas comenzó a frotar dos piezas de madera hasta que el calor de la fricción fue suficiente como para prender los pedacitos de yesca que iba depositando junto a ellas. Otros nómadas iban trayendo ramas secas de lo que una vez habían sido árboles y las iban colocando cuidadosamente en forma de pira. Al cabo de un rato, el fuego de la hoguera hacía crepitar las maderas que consumía y los nómadas se fueron colocando en torno a él.

Acabada la comida, le pidieron a Sendero reanudar su relato. Para su agrado, el pellejo de vino volvió a circular y en él vertieron el extracto de cactus. Entonces, callando y escuchando, escuchando y soñando, acabaron por ver al Viajero de nuevo en el Valle.

El regreso

Sendero despertó a la mañana siguiente con la boca pastosa y la cabeza completamente embotada. Sus recuerdos del día anterior eran en general difusos, y a partir del hallazgo del arroyo se volvían confusos y fragmentados. Naturalmente, no comentó nada del fabuloso suceso a su compañero cuando le preguntó intrigado por sus magulladuras. No mintió cuando dijo que se resbaló y se cayó por una especie de barranquillo. Tampoco lo engañó cuando, al responder al preocupado compañero acerca de su malhumorado despertar, dijo no encontrarse nada bien y tener un insidioso dolor de cabeza, como si alguien hubiera estado hurgando dentro de ella. Antes de que le siguiera interrogando, Sendero se excusó diciendo que necesitaba recapacitar sobre la historia que le iba a tocar contar a los habitantes del Valle. Cuando los exploradores regresaban, el protocolo a seguir era siempre el mismo: aquel que tenía el don de la voz aprovechaba los efectos del extracto de cactus para que los aldeanos pudieran imaginarse cómo era el lugar por donde había estado explorando. Rara vez les interesaba lo sucedido durante las exploraciones, pero, para contar las historias de Antiguo, primero era necesario evocar cómo era la tierra más allá del Valle. Con aquel escenario claramente definido en la mente de los oyentes, el narrador podía entonces poblar el espacio virtual de personajes y enriquecerlo con detalles. Si Sendero contaba toda la verdad, se iba a enfrentar con un problema: en el escenario aparecería de entrada un arroyo con agua, y no estaba del todo seguro de querer compartir su hallazgo con los habitantes del Valle.

Sendero, como el resto de su gente, no sabía mentir: la Costumbre ponía especial cuidado en revertir los mecanismos mediante los cuales los seres humanos aprenden a fabricar una realidad más conveniente. Además, algunos de los ancianos del Valle tenían una sensibilidad especial para detectar cuándo un discurso se alejaba de la verdad.

Sendero hizo todo el camino de vuelta callado, preocupado por cómo iba a arreglárselas para ocultar el hallazgo del arroyo y su encuentro con el Viejo. Después de un tiempo concluyó que simplemente tendría que contar su expedición hasta su caída por la sima y comenzar a relatar sin dilación alguna de las muchas historias de Antiguo que conocía. Porque lo que de verdad esperaba su gente era que los transportara lejos del Valle, a otro tiempo y a otro lugar del que no tenían recuerdo alguno, pero sí un sinfín de cuentos en su memoria colectiva.

Como siempre, la gente del Valle recibió a los dos exploradores con gran alborozo. Luego se formó un corro alrededor de la hoguera mientras miraban con cierta impaciencia a Sendero. A él le correspondía relatar con la ayuda del don de su voz y del extracto. Al igual que tantas veces, callaron y escucharon, solo que esta vez faltaba cohesión y claridad en las imágenes evocadas por las palabras de Sendero. En lugar de discurrir con fluidez, las palabras de Sendero se enfangaban en los oídos y su voz se había vuelto flácida e irrelevante.

La intención de Sendero había sido contarles la historia de aquel orate que, de tanto escucharlos, comienza a mezclar en su mente cuentos y realidad. Sin embargo, cuando empezó a

contar aquella historia de Antiguo, los recuerdos del barranco y de su encuentro con el Viejo empezaron a entrelazarse con el hilo del relato hasta enmarañarlo por completo. La gente escuchaba a Sendero, pero hacía un buen rato que sus palabras no conseguían evocar ninguna imagen coherente en su cabeza. A la confusión siguió la decepción y, en algunos casos, al no acabar por callarse, acabó en irritación.

“¿Qué disparates estás contando?”. Uno de los ancianos había tenido ya bastante y con aquella pregunta interrumpió por fin la caótica narración.

“No son disparates. Y tampoco estoy loco. Son fragmentos de mi memoria”, contestó Sendero de manera mecánica. Luego comenzó a salir del trance y al abrir los ojos vio que a su alrededor se encontraba desplegado un corro de cabezas que lo miraban con curiosidad e indignación.

“Pobrecito, está delirando”, comentó una de las cabezas con voz de mujer.

“Igual se le ha ido la mano con el extracto”, apuntó otra con voz de hombre.

“Mira cómo suda”, dijo otra mujer.

“¡Traedle algo de agua!”, ordenó por fin uno de los ancianos.

“¿Qué ha pasado?”, preguntó Sendero tan confundido como afligido.

“Tú nos contarás”, dijo el primer anciano.

“¡Mejor que no nos cuente nada más, que ya nos ha liado bastante!”, se oyó decir a una mujer por entre las cabezas.

“Dinos qué ha pasado, Sendero”, exigió uno de los hombres.

“Estaba contando la historia de mi expedición y luego la del loco de los cuentos...”, balbuceó atorado.

“Estabas contando una historia”, lo cortó el primer anciano, “es todo lo que sabemos. La relación que pueda tener con tu expedición es algo que nos vas a tener que explicar”.

Sendero estaba lívido y sus piernas amenazaban con ponerse a temblar en cualquier momento. Con tal flojera, se veía incapaz de poder enmascarar su encuentro con el Viejo si le hacían abrir la boca. Afortunadamente para él, la persona que había ido a por agua regresaba en aquellos momentos. Cuando tuvo el vaso en sus manos, se lo llevó con parsimonia a la boca y comenzó a beber alargando los tragos tanto como le era posible.

Mientras, los alborotados y confundidos habitantes del Valle se pusieron a comentar las visiones evocadas por el confuso relato de Sendero. Sin esa voz serena que los guiaba, cada mente había divagado a su libre albedrío, experimentando por el camino todo tipo de sensaciones. Al ir intercambiando sus experiencias, se fueron tranquilizando y relajando paulatinamente. Después de todo, lo ocurrido no dejaba de tener cierta gracia. Sendero los observaba protegido tras su vaso vacío de agua. Notaba cómo sus piernas se recuperaban y ya podía tenerse en pie sin miedo a temblar. Lo tranquilizaba el haber dejado de ser el centro de atención. Incluso los ancianos parecían haberse olvidado momentáneamente de él y charlaban con el resto de la gente.

Ya creía que había pasado lo peor cuando tuvo la sensación de estar siendo examinado por unos ojos inexistentes. Movié la cabeza de un lado a otro tratando de dar con aquella presencia. Hasta que por fin su mirada se cruzó con la mirada imposible del Ciego. Todavía bajo los efectos del cactus, se sintió empequeñecer. No lo había visto a su llegada, ni tampoco cuando se formó el corro en torno a él para escuchar la historia, ni siquiera durante el revuelo que se

acababa de organizar. Pero el Ciego siempre está allí donde importa estar. Por eso no le sorprendió verlo aparecer silenciosamente entre los cuerpos de los aldeanos.

Su rostro estaba en penumbra por llevar la cabeza cubierta con una capucha gris. Por ella asomaban algunos mechones de pelo blanco y sobre todo su puntiaguda nariz. Ante la ausencia de ojos, esta se había convertido en el centro expresivo de su rostro. Blandiendo aquel apéndice largo y afilado, indicó a Sendero que se acercase hasta él. Sendero obedeció y, tras un oportuno silencio, el Ciego le dijo “ven conmigo” con su serena y profunda voz.

Atenazado por aquella presencia, Sendero se aproximó al anciano, que lo esperaba con el brazo extendido. Conocía perfectamente aquellos dedos, capaces de esperar la carne con la misma calma que la araña espera a la mosca. Aquella mano antigua se aferraría a su brazo como una raíz a la tierra, y al contacto con su piel cuarteada se congelaría su circulación. Así había sido desde niño y así fue cuando el Ciego lo agarró del antebrazo y con una presión de su mano le indicó hacia dónde debía dirigirse.

“Debes tener más cuidado con lo que cuentas, Sendero”, dijo con voz baja y severa tras apartarse un poco del grupo. Remarcó sus palabras apretándole el brazo todavía con más fuerza. Mientras caminaban, el Ciego había ido acoplado su cuerpo al de Sendero y ahora era capaz de dirigir sus pasos sin apenas esfuerzo. Estaba todo muy oscuro y le costaba ver por dónde andaban, pero le daba la impresión de que el Ciego no se limitaba a alejarlo de allí, sino que lo estaba conduciendo a un lugar muy concreto. “Quizás te puede parecer que las historias de Antiguo no son más que un entretenimiento, pero no lo son. Las necesitamos para mantenernos despiertos, alerta”, dijo en un tono más bien condescendiente mientras aún se sentía la presencia de la gente en la distancia.

A Sendero le molestó tremendamente aquel tono y a punto estaba de replicarle cuando el Ciego le volvió a apretar el brazo, indicándole claramente que se contuviera. El estado de nervios de Sendero se iba transformando en confusión; en lugar de exigirle una explicación, el Ciego lo invitaba a callar. Después de un buen rato caminando en silencio, con Sendero completamente desorientado por la falta de luz, llegaron a una pequeña y oscura gruta que los aislaba del mundo exterior. Una vez dentro el Ciego lo colocó frente a él y sin soltarlo del brazo comenzó a palpar su cuello con los dedos de su mano libre.

“Ha ocurrido algo que no nos quieres contar, de eso no hay duda”. El Ciego hablaba y la escasez de luz amplificaba la sensación táctil de aquellas yemas sibilinas reptando por la piel de Sendero. “No es normal que un cuentista como tú enmarañe tanto una historia con sus recuerdos”. Su voz era calmada y firme. Tras cada pausa comprobaba con su tacto el efecto de sus palabras en Sendero y una serie de sutiles cambios en su piel eran capaces de ir guiando al Ciego. “No, si no agitamos los recuerdos, estos no deben aflorar y perturbar el cuento. ¿Por qué se agitan tus recuerdos? Sí, tus recuerdos se agitan y no deben hacerlo”. Los dedos del Ciego se detuvieron en su sien. “Se revuelven porque tratas de ocultarlos y no puedes. Eso es lo que me vas a ayudar a averiguar, lo que nos quieres ocultar y los motivos para ocultarlo”. La mano del Ciego comenzó a bajar de nuevo al cuello. “¿Nos lo ocultas por miedo?, ¿por vergüenza?, ¿por celo?... Sí, te guardas la verdad por celo... Has descubierto algo y lo quieres solo para ti... Sí, no lo quieres compartir...”. Daba la impresión de estar palpando las respuestas con la yema de sus dedos. “¿Qué oculta Sendero...? ¿un objeto? No... ¿un lugar?... Sí, eso es... un lugar”. A Sendero lo fueron delatando el sudor, los temblores, las palpitaciones, los movimien-

tos involuntarios producidos por los nervios y la tensión progresiva de los músculos de su cuello. “¿Dónde has estado Sendero? ¿Qué has visto que no puedes decirnos? Vamos, dime algo, no me dejes solo. Sabes que no puedes ocultarme nada, no puedes guardarte nada para ti, tarde o temprano te lo hemos de sacar”.

“Agua...”. Sendero fue incapaz de aguantar la tensión y el hilo de voz salió como una espina clavada de la garganta.

“Luego; primero dime lo que viste en aquel lugar”.

“Fue agua lo que vi. Tan clara y fresca que no dudé en echarle un trago”, dijo con inocencia Sendero.

“¿Agua potable?, ¿fuera del Valle?”. La pregunta del Ciego era genuina, sin atisbo de suspicacia. Tampoco parecía ni especialmente sorprendido ni particularmente excitado.

“Sí. Encontré, de casualidad, un pequeño desfiladero por el que corría un arroyo”. A medida que iba proporcionando información y aumentaba el interés del Ciego, disminuían la tensión de la presa que se cernía sobre su brazo y los movimientos de los dedos por su cuello, que se detuvieron un poco más abajo del nacimiento de su oreja, cerca de la base del cráneo. A Sendero le costaba darle coherencia a lo que contaba y profería lo que se pasaba por su cabeza sin detenerse a elaborarlo demasiado. “Caí, rodé... la boca seca, llena de polvo. Bueno, polvo por todas partes, en los ojos, en la nariz y sobre todo en la boca. Sé que no se debe beber agua que no se encuentre en el Valle. Pero no pude evitarlo. El agua corría entre las piedras. Estaba limpia, tan limpia como la del Valle. Había peces en ella. No me lo pensé mucho más y, cuando estaba bebiendo de un pequeño remanso, resbalé y caí en el agua. Luego...”.

“Eso ocurrió ayer, ¿verdad?”. La mano que aferraba su antebrazo se soltó y fue a parar a su frente mientras la otra mano examinaba diferentes áreas de su cara. Luego, mientras una mano le sujetaba la espalda a la altura de los riñones, los dedos de la otra se hundían en su vientre. “¿Duele?”, le preguntó mientras le palpaba las entrañas.

“No. La cabeza sí que me duele un poco”.

“Claro que te duele. Eso es de lo dura que la tienes... o de la caída. ¿Puedes recordar todo lo que ocurrió? Supongo que no se te habrá olvidado cómo llegar a ese arroyo de nuevo”.

“Supongo que me acordaría si tuviera que ir de nuevo”.

“¿Y no quieres volver?”. Se hizo el silencio. Para Sendero un sí era descubrirse, un no era mentir. La mano del Ciego lo volvió a agarrar con firmeza. “Te mueres por volver, ¿eh?”. Sendero asintió. “Volverás. Y entonces me contarás todo lo que veas, con calma. Ahora dime por qué no contaste la verdad”.

“Lo hice por el bien del Valle”.

“La mentira nunca es para bien en el Valle, nunca. Creer lo contrario es engañarse a uno mismo”.

“Pero la existencia de ese arroyo pone en peligro las costumbres del Valle”, dijo tímidamente Sendero.

“¿Por qué?, ¿porque la gente se puede ir a beber a otra parte?”.

“Bueno, la gente sigue las costumbres en el Valle porque la alternativa es abandonarlo y morir en el desierto. Si supieran que existe la posibilidad de abandonar el Valle y no morir, puede que se empezasen a cuestionar ciertas cosas...”.

“Puede, pero esa sería una opción que deberían conocer. Ni tú ni yo somos quiénes para ocultarles nada... Déjame que te cuente algo. Algo que solo los viejos como yo saben. Cada cierto tiempo este valle da a luz a alguien inquieto, tan inquieto como tú. Viene con preguntas para las que nadie tiene respuesta. Y el Valle se les queda pequeño. Llevan por dentro un gusano que los devora por dentro, dejándoles una sensación perpetua de vacío. Un vacío que ellos creen que solo pueden llenar fuera del Valle. Se creen diferentes, especiales porque son los únicos que buscan algo más, algo que los demás ni se plantean, aunque en realidad no saben ni lo que buscan. ¿Qué buscas tú, Sendero? ¿Qué te hace pensar que a los demás les interesa lo que buscas? ¿Crees acaso que van a abandonar el Valle al saber que la vida continúa fuera de él? Tú crees que a ti te falta algo que no puedes encontrar aquí, pero ¿qué les falta a ellos?”

“No lo sé”.

“Porque no les falta nada”.

“A mí sí me falta, Ciego, me falta algo que no sé lo que es. Dentro del Valle me asfixio. A veces siento que me falta el aire”.

“Creo que sé lo que te falta, pero no te puedo ayudar a buscarlo. Si está en el Valle o fuera de él lo ignoro, pero lo tendrás que buscar tú solo”.

“En el Valle o fuera de él...”. Jamás había visto al Ciego tan locuaz, tan claro a la hora de explicarle las incógnitas del Valle. “¿Nunca te has preguntado por qué nuestro Valle es tan especial?, ¿por qué lo que nos rodea está desierto?”

“Es especial porque nosotros lo cuidamos, porque la Costumbre lo cuida. El lugar no sería especial sin la gente que lo habita. No importa dónde estamos, solo el hecho de que estamos aquí”.

“El arroyo que encontré no lo cuida nadie; ni la mano del hombre ni la Costumbre”.

“Por lo tanto se cuida solo”, añadió el Ciego recogiendo el razonamiento de Sendero. “Por lo tanto podría ser que nuestro Valle también se cuidara solo, y así las costumbres que seguimos e inculcamos a los jóvenes cabezones como tú no serían tan necesarias como parecen. Mucha gente se ha preguntado por qué la vida desaparece a medida que uno se aleja del Valle. Es algo para lo que nadie tiene respuesta. Lo que sí sabemos es cómo hacer para que siga siendo así, para que la desolación no entre en el Valle. No hay más solución que seguir las pautas de convivencia que se han venido transmitiendo generación tras generación y que llamamos Costumbre. El arroyuelo que has visto por sí solo no cambia nada de todo esto. Nadie sabe el tiempo que lleva allí o por cuánto tiempo permanecerá”.

“Pero los peces, las plantas... el arroyo estaba vivo”, protestó Sendero.

“Escucha bien”. Sendero notó un dedo que lo presionaba con fuerza en la sien, como tratando de abrirse camino hasta su cerebro. “Que se te meta bien en la cabeza”. El tono dialógante que hasta ahora había mantenido el Ciego había desaparecido y sus palabras sonaban graves y admonitorias. “Un arroyo por sí solo no cambia nada”.

Tras el silencio Sendero comenzó a darle vueltas a aquellas palabras: “Un arroyo por sí solo no cambia nada”. ¿Qué más tiene que ocurrir para que las cosas cambien? ¿El encuentro con otro ser humano fuera del Valle? Sendero contuvo el impulso de contarle al Ciego la existencia del Viejo. En todo momento su única preocupación había sido ocultar su presencia. ¿No ser-

ían aquellas palabras una treta del Ciego para que Sendero desvelara si había algo más que mereciera la pena contar? No lo parecía, pero el Ciego permanecía callado, expectante.

Sendero seguía determinado a no contarle nada acerca del Viejo. Tenía miedo de que, si se lo contaba, el Ciego le prohibiera volver a verlo, incluso que no lo dejara salir más por temor a que sus descubrimientos pudieran desestabilizar la convivencia en el Valle.

Después de todo podía sentirse afortunado al conseguir que toda la preocupación del Ciego se centrara en el arroyo. Gracias a que le había dado algo que morder, no le seguía preguntando acerca de sus hallazgos. Las palabras del Ciego daban a entender que el descubrimiento de un arroyo no era motivo suficiente para justificar ningún cambio radical, pero ¿y el de una persona? Después de todo, ¿qué importancia tenía la existencia de un pequeño arroyo comparada con el fascinante encuentro con el Viejo? ¿Qué era la presencia de agua fresca fuera del Valle comparada con todo lo que este podía enseñarle?

Inspiró satisfecho, orgulloso de cómo había sido capaz de engañar al Ciego sin necesidad de mentirle. Le había dejado creer que había averiguado lo que trataba de ocultar, cuando en realidad había conseguido guardar para sí lo más importante. Pero el caso es que el Ciego seguía callado y los silencios del Ciego solían ser tan importantes como sus palabras. Sendero aguantó con bravura aquellos momentos de tensión y solo se movió cuando el Ciego lo volvió a agarrar del brazo y le dijo: “Vámonos”.

Cuando salieron de aquella cueva, Sendero no sabía exactamente dónde estaba. Por eso esperó a que el Ciego comenzara a guiar sus pasos. No pasó mucho tiempo hasta que Sendero encontró un lugar familiar. Sendero se detuvo para decirle que no había motivo para que lo siguiera guiando, ya que desde allí sabía él volver; pero en lugar de soltarlo, el Ciego lo agarró un poco más fuerte y reforzó el gesto con un “déjame que te acompañe”. Sendero comenzó a andar despacio, tratando de que no notara la tensión que había vuelto a su cuerpo ni como su pulso se aceleraba a pesar de la lentitud de sus movimientos. En un momento dado el Ciego lo obligó a cambiar de dirección. Iban a dar un rodeo.

“Hay algo que me tienes que explicar, solo por curiosidad”. Hablaba en voz baja, casi susurrándole. “¿Es realmente un viejo la persona con la que te has encontrado? ¿O simplemente has mezclado lo que hay en tu cabeza con la historia que nos pensabas contar?”

“¿Qué persona?”. Sendero no estaba dispuesto a ponérselo fácil. El Ciego le hizo un gesto indicándole que bajara la voz. “¿Qué persona?”, repitió bajando el tono.

“Tú tratabas de contar una historia que conozco de memoria y yo veía lo que pasaba por tu cabeza mientras la contabas. En realidad no tiene mucha importancia. Solo quiero saber si la persona que has encontrado fuera del Valle es un viejo como el personaje de la historia del Antiguo o no tiene nada que ver”.

“No sé de qué estás hablando, Ciego. Solo he encontrado un arroyo. Nada más”. Se sorprendió de la naturalidad con la que faltaba a la verdad. Curiosamente, el pensar en su encuentro con el Viejo lo ayudaba a no delatar su existencia.

“Claro que sí, y así tiene que seguir siendo”, replicó el Ciego para sorpresa de Sendero. Lo que le dijo a continuación lo dejó más turbado si cabe. “Veo que ya has aprendido a mentir. Bien. Pero a mí, aunque pudieras, no tienes por qué engañarme. La persona con quien te has encontrado no importa, lo que importa es lo que puedas aprender de ella. ¿La piensas volver a ver?”.

“¿Cómo sabes que tiene algo que enseñarme?”. Cuando se quiso morder la lengua era ya tarde. La curiosidad que le había despertado el Ciego ante lo que pudiera saber del Viejo fue mucho más fuerte que su determinación por ocultar aquel encuentro.

“¿Quién?”. Justo cuando Sendero iba a responderle, el Ciego continuó hablando. “Si piensas volver, más vale que aprendas a ser más discreto. ¿Piensas volver?”. Y le volvió a indicar con la mano que hablara más bajo.

“Creo que sí”, contestó Sendero temeroso de darle una respuesta equivocada.

“No te he preguntado si crees que volverás, te he preguntado por tus intenciones. Quiero saber si vas a olvidarlo todo y a continuar tu vida o si vas a hacer algo con lo que has descubierto. Necesito que me lo digas ahora. Quiero saber a qué atenerme. Ya no tengo edad para andar perdiendo el tiempo con pusilánimes”.

“Volveré. Aunque signifique abandonar el Valle, me encontraré de nuevo con el Viejo”, replicó vehemente, pero esta vez sin alzar la voz. “¿Cómo sabes que tiene algo que enseñarme?”, inquirió con la inercia que le había dado aquel arranque bravío.

“¿El Viejo?”, preguntó con sorna. “Definitivamente tienes que aprender a ser más discreto...”.

“¿Como tú?”.

“Exactamente”.

“Cómo sabes que tiene algo que enseñarme, Ciego?”, volvió a preguntar ya derrotado, con la vista puesta en el suelo.

“Todo el mundo tiene algo que enseñar”, respondió el Ciego con clemencia.

“¿Tú también?”.

“Yo también. Pero todavía no es el momento. También puede que ese momento nunca llegue. Ahora tienes que descansar. ¿Aún te duele la cabeza?”.

“Ahora me duele más que antes”.

“Tómame esto”. Y sacó unas hierbas de la bolsa que siempre llevaba colgada en bandolera. “Y bebe mucha agua. El agua es lo más importante”.

Sendero no sabía decir por dónde lo había llevado el Ciego, pero desde allí podía ver ya el conjunto de chozas entre las que se encontraba la suya. Habían estado caminando un buen rato por lugares que Sendero había sido incapaz de reconocer en la oscuridad. No era normal caminar por la noche tan lejos de la aldea. Porque si de algo estaba seguro era de que los caminos por los que lo había llevado no los frecuentaba nadie. Solo cuando dejaron de hablar, pudo ver las luces provenientes del interior de las chozas del poblado y comenzó a escuchar voces en la distancia.

El Ciego le soltó el brazo y lo empujó en dirección al conjunto de chozas por las que de vez en cuando asomaba algún aldeano. Después de dar unos pasos, Sendero volvió la vista, pero ya había desaparecido. Llegó a su choza con suma discreción y al entrar vio que junto a su lecho había una vasija humeante. La única explicación posible era que alguien más estuviese al tanto de su paseo con el Ciego, alguien que tal vez hubiese escuchado su última conversación y supiese acerca de las hierbas que le había dado. Quizás ese alguien también conociera la importancia del agua.

La vasija estaba caliente al tacto y, al destaparla, vio salir una bocanada de vapor. Se sentó en su lecho y sin pensárselo mucho echó dentro las hierbas que le había dado el Ciego. Se encontraba tremendamente cansado, sin energía física ni fuerza mental para darle muchas más

vueltas a la presencia de aquel objeto en su habitáculo. La sima, la gruta, la garganta, el arroyo, el Viejo, la bebida, el regreso, el caótico relato y, sobre todo, la conversación con el Ciego eran en sí suficientes quebraderos de cabeza como para hacérsela añicos. No iba a devanarse los sesos por una vasija para la infusión a los pies de su lecho. En aquellos momentos la cabeza le exigía reposo. Se llevó la vasija a la boca y bebió un primer trago con cuidado. No quemaba y no sabía especialmente mal, así que continuó bebiendo hasta saciarse. Luego se tendió en su lecho y apenas tardó en quedarse dormido.

Tormenta de arena

El instinto despertó a los nómadas antes de que lo hiciera el frescor del alba. Apenas recordaban el momento de caer dormidos, pero conservaban la sensación de haberse sumido en un plácido sueño tras las últimas palabras del Viajero. Se desperezaron y aprestaron para reanudar la marcha con la sincronía de un organismo. Sin embargo, la urgencia del día anterior había sido sustituida por una tensa calma.

El paisaje ante sus ojos parecía idéntico al de ayer: la misma desolación, la misma planicie, las mismas rocas esparcidas sobre aquel manto de arena y el mismo polvo insidioso flotando en el ambiente. Sin embargo, a las partículas más ligeras se las notaba particularmente revueltas a la hora de seguir el dictado de las ráfagas de viento. Un detalle insignificante para Sendero, pero que despertó un insólito interés entre los nómadas. Contemplaban el fenómeno en silencio, mirándose unos a otros con cierto aire de preocupación. La atención acabó por centrarse en la nómada pequeñita de mirada inteligente que los había regañado al entrar en la tienda el día anterior. Se había acuclillado para poder escudriñar el vaivén de las motas de polvo. El resto permanecía de pie, callados para no romper su concentración. Cuando Mira lo consideró oportuno, rompió el silencio con la pregunta que rondaba la cabeza de todos.

“¿Qué nos viene, Loba?”

“Tuika torena”, dijo con resignación.

“Lo mejor es que vayamos buscando refugio, por si acaso”.

“Sabes que no andamos sobrados de provisiones. Cualquier retraso es inconveniente”.

“Mira, no te puedo asegurar que nos vaya a coger la tormenta, pero, si lo hace, lo va a hacer con mucha fuerza. No creo que la tienda aguante”.

“Por aquí no va a ser fácil encontrar donde ponerse a cubierto. Leo, ¿no había un barranco cerca?”

“Sí, a medio día de distancia, bastante menos si forzamos la marcha, en aquella dirección”. Todos se volvieron hacia donde Leo apuntaba con el dedo.

“¿Loba?”, preguntó Mira. Parecía una buena opción.

“La tormenta anda cerca, si caminamos hacia allá, mucho me temo que nos encuentre antes de que lleguemos al barranco”.

“Bueno, no sería la primera vez que nos entra un poco de polvo en los pulmones”, comentó Leo.

“El polvo no es el problema, Leo”. Loba se acuclilló, cogió un puñado de arena y dejó que se deslizara lentamente por la comisura de los dedos.

“Esto es lo que acabaremos tragando”.

Leo se encogió de hombros para dar a entender que no pensaba enfrentar sus opiniones a las de Loba. Él y Mira se parecían lo justo. Leo tenía la piel más clara y un semblante más cordial. Era corpulento y de andares tranquilos, mientras que Mira era de complexión más del-

icada y al moverse era pura energía. Quizás tenían los mismos ojos almendrados, pero solo en momentos muy concretos se asemejaban. Ocurría en las ocasiones en que Mira se relajaba, pero, sobre todo, cuando se los veía uno al lado del otro escuchar algo con atención. Entonces no podían negar que eran hermanos.

Sendero lo seguía todo con cierta distancia. Del grupito de nómadas formado en torno a Loba apenas le llegaban palabras entrecortadas, sueltas, incoherentes. No sabía exactamente lo que se discutía con tanta preocupación. Tampoco quería acercarse mucho más por presentir que no era de su incumbencia. Por eso se sintió pillado en falta cuando Gatonegro se percató de cómo los miraba intrigado.

“Quizás el Viajero tenga alguna idea”, dijo Gatonegro a viva voz.

“Acércate, Viajero, si es verdad que tienes algo que decir”, lo invitó Leo.

“Si el Viajero ha logrado sobrevivir todo este tiempo solo, a lo mejor conviene escucharlo, si es que tiene algo que aportar”, dijo Loba volviendo la cabeza hacia Mira.

“No sé exactamente de lo que estáis discutiendo”, contestó un Sendero azorado en cuanto estuvo a su lado.

“Entre nosotros los nómadas no hay secretos. Se aproxima una tormenta de arena, de las fuertes. Necesitamos encontrar un sitio donde refugiarnos... y tenemos que hacerlo rápido”, resumió Mira.

Con razón o sin ella, Sendero se sintió incluido cuando Mira dijo “entre nosotros los nómadas”. ¿Por qué estaban si no compartiendo su preocupación por lo que se avecinaba? No era la primera vez que Sendero tenía que protegerse de una tormenta y solo conocía un modo de hacerlo. Comenzó a otear en busca de algún accidente que pudiera servir de refugio, pero el terreno era liso como una tabla. Tan solo los restos de unos arboluchos desperdigados rompían la monotonía del paisaje.

“Aquellos árboles...”, comenzó a decir.

“Muy pocos y muy espaciados, no nos protegerán lo suficiente”, cortó Mira.

“Los árboles no, pero, si te fijas bien, siguen un línea. Podría ser el antiguo curso de un río...”

“Y si el cauce es suficientemente profundo, lo podemos usar de refugio”, captó Mira al instante. “¿Por qué no te acercas a comprobarlo?”

La frase de Mira tenía más de orden que de pregunta, así que no le quedó más remedio que asentir. Justo antes de ponerse en camino, Mira lo detuvo.

“Espera. Gatonegro, ve con el Viajero. Para que no se pierda”.

“Pero si tonto hemos visto que no es”, protestó Gatonegro.

“Pues por eso mismo, para que no se nos pierda”, dijo mirando fijamente al Viajero. Seguidamente se volvió a Gatonegro. “Llévate una de las mantas y la tiendas al aire si merece la pena que vayamos”.

“Ya lo has oído, Viajero. Andando”. No habían dado ni dos pasos cuando Gatonegro comenzó a hablar de nuevo. “Si Loba tiene razón, lo que ocurre con frecuencia, más nos vale que tu idea funcione”.

“¿Loba? Es un nombre extraño”, comentó Sendero ignorando por completo el comentario. Él había escuchado ese nombre antes, pero no sabía muy bien dónde.

“Supongo que en tu valle no quedan lobos”, dijo Gatonegro mientras cogía una de las colecciones de retales remendados del carro. “En el desierto tampoco”, sentenció mientras le indicaba con un gesto que se pusiera en camino. “Nadie ha vuelto a ver lobos, pero sabemos bien cómo eran porque una vez caminaron junto al hombre. Las historias describen a las lobas como astutas, maternales, prudentes, implacables... Por eso la llamamos Loba”. La distancia a la que estaban los árboles daba para charlar un poco. “En un principio el hombre y el lobo caminaban cada uno por su lado. Se tenían miedo. Y es que los lobos eran de aquellos animales indomables, de hocico afilado, dientes temibles y ojos de cazador que siempre habían mirado al hombre con recelo. Tampoco el hombre se fiaba al principio del lobo, pero con el tiempo llegaron a entenderse, tanto que los lobos comenzaron a vivir junto al hombre. Hubo unos pocos que nunca llegaron a fiarse del hombre y eligieron libertad por encima de comida fácil. Hicieron bien, porque, cuando al hombre le empezó a faltar la comida, no solo dejaron de alimentarlos, sino que pasaron a ser el alimento. Nadie sabe qué fue de los lobos libres, pero de los que caminaron junto al hombre no quedó ninguno. Hasta la palabra que tenían para nombrarlos se ha perdido”.

“Los lobos que caminaban junto al hombre se llamaban perros”, dijo con voz ausente Sendero después de un rato de ensimismamiento, como si hubiera tenido una revelación. “En mi valle nunca he visto ni lobos ni perros, pero alguien me habló de ellos, de los que caminaron junto al hombre, de los perros. Todavía existen”.

“¿Eso te lo contó el Viejo?”.

“No fue el Viejo quien me lo contó. Fue Coral”, añadió pensativo.

“¿Coral?”, preguntó Gatonegro animando al Viajero a que compartiera lo que se le pasaba por la cabeza, “ese sí que es un nombre extraño. ¿Quién es Coral?”.

“Una mujer. Me cuesta acordarme de lo que me contó exactamente de ellos. Solo recuerdo cómo se emocionó al contármelo. Recuerdo sus ojos llorosos, una lágrima rodando por su mejilla y su cara de indignación cuando me lo contaba”.

“¿Por qué?, ¿porque se los acabaron comiendo?”, preguntó incrédulo.

“No exactamente”. Sendero comenzó a rebuscar en su memoria en busca de un recuerdo que jamás tuvo la menor importancia para él, pero que de repente parecía tenerla. “Porque sobrevivieron, porque la vida de ciertos perros valía más que la de muchas personas”.

“Viajero, ya no te sigo”.

“Pues estamos del mismo lado, Gatonegro”, respondió en confianza. “Para mí tampoco tiene mucho sentido, como muchos otros recuerdos que tengo. A veces me cuesta aclararme con según qué partes de mi memoria”.

“¿Y cómo haces para conducir tu historia, entonces?”, preguntó con suspicacia.

“El contarla me ayuda a poner en orden los recuerdos”. Antes de que Gatonegro pudiera replicar, Sendero señaló con energía el corte que podía adivinarse tras la línea de árboles secos. “¡Ahí está! Parece que era un río grande. Seguro que tiene un lecho profundo”, dijo con una ilusión y un entusiasmo jamás vistos hasta ahora en el Viajero.

Gatonegro lo miró extrañado, pues no parecía muy en sus cabales, pero el rostro del Viajero era el reflejo de una mente lúcida. Percibía un cambio sutil y repentino en su semblante. Se le veía más despierto, más lustroso, más hombre, más guapo.

El Viajero estaba en lo cierto. La monotonía de la planicie se rompía por el cauce seco de un antiguo río a lo largo del cual se alineaban los árboles que habían visto desde lo lejos. A juzgar por la cantidad de arena de desierto en el lecho, el agua había dejado de discurrir hacía muchísimo tiempo. El desnivel parecía lo suficientemente profundo como para cobijar a los nómadas de la tormenta.

Cuando Gatonegro plantó su mano en el hombro del Viajero en señal de aprobación, este le correspondió orgulloso ofreciéndole la manta. En cuanto comenzaron a agitarla pudieron ver en la distancia que el grupo de nómadas se ponía en movimiento. Se acercaban rápidamente con Mira a la cabeza. Cuando llegaron, se encontraron a la pareja contemplando su hallazgo desde lo que antes había sido la orilla del río. Mira llamó su atención con un “¿qué tal?” mientras se acercaban a donde estaban.

No contestaron porque sus caras lo decían todo. El Viajero estaba exultante y en aquellos momentos su rostro era una proyección total de su estado de ánimo. Con su media sonrisa dejaba ver su alegría y en sus facciones quedaba patente su satisfacción. Pero lo que más impactó a Mira fue aquel resplandor en la mirada, como si dentro del Viajero se acabara de prender una llama. Por primera vez se fijó en sus ojos, en la profundidad que les conferían sus cejas pobladas, en cómo sus pestañas acentuaban su forma ovalada, en la calidez del color ocre de su iris y en el brillo que ahora había tras sus pupilas. Deslumbrada, desvió inmediatamente la vista y comenzó a estudiar el sitio con detenimiento. Tenía otras preocupaciones en la cabeza que hacían insignificante la visión de un Viajero radiante. Sin embargo, aquella imagen trivial quedaría grabada en su retina para siempre.

“¿Suficiente, Loba?”, preguntó Mira cuando hubo examinado el surco que había dejado el río a su paso. “No quiero ningún tropiezo”.

“Para el viento sí, pero habrá que montar la tienda para protegerse de la arena. La tormenta vendrá por ahí. O mejor dicho, ya viene, por allí”.

El terreno uniforme y sin apenas relieve se extendía hasta encontrarse en la lejanía con un cielo sin rastro de nubes. En la distancia se podía apreciar cómo la capa de polvo en suspensión difuminaba la línea que delimitaba el azul del cielo y el color ocre de la tierra. Una zona del horizonte estaba particularmente emborronada. Hacia allí apuntaba el dedo de Loba.

“Es enorme”, comentó Leo.

“Viene derecha hacia nosotros y lo hace bastante rápido”, dijo Loba.

“Pues no hay tiempo que perder”, dijo Mira; “Leo, Barbarroja, Gatonegro, hay que montar la tienda. Tú con ellos, Viajero”.

Improvisaron un refugio utilizando una de las paredes del cauce del río a modo de parapeto. Una vez en pie, Mira revisó junto a Loba cada nudo, cada pliegue y cada estaca de la construcción. Mientras, los nómadas observaban curiosos cómo el sutil oscurecimiento en la línea del horizonte había ido aumentando de tamaño hasta acabar convirtiéndose en un amenazador rodillo parduzco. La tormenta iba devorando el cielo y la tierra a su paso. Los niños contemplaban excitados y maravillados el impresionante fenómeno: en la distancia parecía una duna de arena del tamaño de una montaña avanzando hacia ellos tan veloz como el viento.

La nómada embarazada ya estaba dentro de la tienda y tras ella obligaron a refugiarse a los más pequeños e indefensos de la tribu. Los nómadas restantes seguían hipnotizados por

aquella nube pesada y oscura de reflejos rojizos y ocres. Tenebrosa, bella e implacable, la tormenta empezaba a eclipsar todo el paisaje ante sus ojos. Se movía rápido, primero entre susurros, luego siseando y finalmente silbando. Todos la escuchaban, nadie decía una palabra. Las telas, que acompañaban dóciles el movimiento del aire, empezaron a batir furiosas sobre la piel de los nómadas. El olor dormido de la tierra se desperezaba y comenzaba a inundar el ambiente.

“Ya anda por aquí. ¡Todos dentro!”. La voz de Mira rompió el hechizo y los nómadas fueron desfilando hacia el interior.

El miedo llegó antes de que lo hiciera la tormenta; lo trajeron los cerdos con sus chillidos. Los mayores trataban de disimularlo, pero, cuando empezaron a sentir la fuerza de los elementos ensañarse con la tienda, fueron incapaces de borrar el pánico de sus facciones. Entonces empezaron los llantos inconsolables de terror, los abrazos impotentes y el sabor a sangre de tanto apretar los dientes para encarar el vendaval.

A pesar de las furiosas embestidas del viento y de la rabia de la arena estrellándose contra las pieles, a pesar de los chasquidos de las estacas al quebrarse y los quejidos de las telas al rasgarse, a pesar de aquellos momentos de oscuridad total en los que asumieron aquel instante como el final y aquel lugar como su tumba, a pesar de que la muerte los pasó por encima a lomos de la tormenta, la tienda aguantó.

Fueron momentos de lento transcurrir en los que imágenes y pensamientos se presentaban fugaces y ansiosos en la mente de los nómadas, pujando quizás por la que podría ser su última aparición en su consciencia. Recuerdos, deseos, anhelos, sensaciones y sentimientos habían ido apareciendo con una lógica caótica. A excepción de Mira, ninguno reparó en exceso en aquellos fogonazos mentales. Por la mente de Mira se había cruzado la imagen del Viajero, intensa y breve como un relámpago: era el Viajero a orillas del cauce seco con el viento cubriendo de cabellos su cara, el de rictus alegre y triunfante, el de mirada enérgica y orgullosa. Solo cuando se supo fuera de peligro pudo Mira reflexionar sobre el significado de aquella inesperada aparición en un momento tan crítico; no le encontró ningún sentido y de cualquier manera había cosas mucho más importantes de las que preocuparse.

La tormenta de arena pasó dejando tras de sí el rumor de un vendaval lejano. También se llevó consigo la oscuridad que todo envolvía allá por donde ella pasaba. Difusos rayos de sol comenzaban a perforar el maltrecho entramado de pieles y telas revelando la inmovilidad de los cuerpos que poblaban el interior del refugio, como si aquellas figuras quedaran congeladas al contacto con la claridad. Algunas permanecían acurrucadas, otras todavía sujetaban tenazmente las telas que habían ido cediendo, otras las estacas rotas, otras trataban con sus brazos de proteger a los seres queridos y todas estaban cubiertas de la arena que había logrado colarse por los jirones y los descosidos.

Sendero notó una descompresión en torno a su hombro izquierdo. Había olvidado que alguien lo había agarrado en los momentos en los que la tormenta arreciaba con más fuerza. Cuando se volvió se encontró con el rostro calmado de Gatonegro. Al ver al resto de la tribu formando una masa continua de brazos y cuerpos, cubriéndose, abrazándose, sujetándose, comprendió el carácter protector de su gesto.

“No te hagas ilusiones, Viajero”, le dijo, y le dio un par de palmadas fraternales en el mismo hombro que antes apretaba.

Sendero soltó a su vez las pieles que había estado sujetando y comenzó a desentumecer músculos y articulaciones. La luz iba llenando los rincones de la tienda y así vio como al igual que él los nómadas ya estaban en movimiento. Un difuso rayo de sol se coló para iluminar el rostro de Mira. Se encontraba de pie cubierta de polvo y arena, pero serena y entera. Podía apreciarse una expresión reflexiva en su rostro y a ojos de Sendero jamás había estado tan guapa.

“Ya pasó”, dijo Mira, al principio solo para sí; “ya pasó, Leo; ya pasó, Río...”

Mira se fue acercando a los nómadas uno por uno, posando su mano sobre hombros, brazos y cabezas. Algunos de ellos todavía estaban sujetando estacas o pieles, pero al contacto con la mano de Mira relajaban el tono de aquellos músculos que habían conseguido mantener la integridad de la maltrecha tienda. Los nómadas devolvían el gesto de Mira en forma de sonrisas y abrazos.

“Ya pasó, Viajero”. Y la mano de Mira se posó en el hombro de Sendero. El gesto de camaradería fue inmediatamente devuelto con la mano del Viajero sobre el hombro de Mira. Antes de continuar hacia el siguiente nómada, Mira le echó una discreta ojeada, para comprobar hasta qué punto el rostro del Viajero se correspondía con la impronta que de él había grabado su retina. Sus miradas no llegaron a cruzarse, pero Sendero había percibido algo diferente en su manera de encararlo: más suave, más relajada. “No te hagas ilusiones, Viajero”, le dijo una voz interior haciéndose eco de las palabras de Gatonegro.

Comenzó a reinar entre los nómadas una gran sensación de alivio exteriorizada en forma de propensión a la broma. No hubiera sido esta la primera vez que una tribu entera acababa siendo sepultada bajo una tormenta así. Disfrutaban ahora la sensación de haber salido indemnes de las embestidas de la bestia de viento. La arena volvía por fin a reposar mansamente en el suelo. Sin embargo, la tormenta había dejado tras de sí una insidiosa estela de polvo en suspensión.

La polvareda era tal que el azul del cielo no acababa por aparecer. Tampoco había rastro del sol, tan solo una luz difusa y mortecina. En aquellas condiciones apenas podían orientarse, por lo que continuar la jornada era inviable. Mira decidió aplazar la salida hasta el atardecer; con un poco de suerte el polvo ya se habría posado de vuelta en la tierra y podrían navegar de nuevo guiados por las estrellas.

Esperar era lo único que podían hacer. Por eso el humor de los nómadas, al contrario que el aspecto del día, fue cambiando paulatinamente. Tras la alegría vino la calma y tras ella el aburrimiento. Al final el hastío se apoderó de los nómadas y se mezcló con la inquietud que produce la incertidumbre. Entonces los nómadas comenzaron a asomarse con exagerada frecuencia para ver el estado del cielo. Sacaban la cabeza y volvían a sentarse. Llegó un momento dado en que los niños ya no regresaron a sus sitios y acabaron todos arremolinados en torno a la entrada del refugio. Ellos fueron los primeros en cruzar el umbral formando una pequeña algarabía.

El resto de los nómadas fue saliendo poco a poco, cubriéndose cuidadosamente el rostro para no tragar mucho polvo. También Sendero salió y a imitación de alguno de los nómadas se quitó las sandalias y comenzó a caminar descalzo sobre la arena acumulada en el cauce. Andar sobre aquel río de arena a plena luz del día era una sensación extraña. En lugar de ab-rasar, la arena estaba tibia y envolvía agradablemente sus pies desnudos a cada paso que daba.

Apenas se hubo alejado un poco, los nómadas pasaron a ser siluetas difuminadas. Se burló de sí mismo cuando la ridícula pregunta de si aquel era un buen momento para escapar se le cruzó por la mente. Porque, aunque seguía pensando que su vida corría peligro entre aquella gente, en aquellos momentos no concebía ninguna alternativa a permanecer a su lado. No cabía duda de que la actitud hacia él, y en especial la de Mira, había cambiado radicalmente. Sin embargo, nada le garantizaba que su historia fuera a convencerlos de lo que había ocurrido. La verdad era que ni él mismo sabía lo que había ocurrido exactamente. Lo acusaban de haberle clavado un cuchillo a uno de los suyos, pero él se sabía incapaz de hacer algo así. Si era cierto que lo habían encontrado junto a su cadáver en lo alto de un cerro, no tenía ni la más remota idea de cómo había ido a parar hasta allí. ¿De qué cerro se trataba? El recordaba vagamente un cerro en su viaje. Un cerro de paredes verticales. Recordaba haberlo subido y haberlo bajado al principio de su viaje. ¿O fue al final? Se encontraba rebuscando entre sus recuerdos mientras caminaba cuando la visión repentina de una sombra enfrente de él le hizo despegar la vista del suelo.

Una figura oscura de apariencia humana se hallaba plantada justo delante. Permanecía inmóvil y lo estaba observando. No veía sus ojos, pero él podía sentir una mirada clavándose en su interior. Y entonces tuvo miedo, mucho miedo. Luego el terror pasó a su cuerpo y este dejó de responderle. Comenzó a sentir un hormigueo que nacía en la planta de sus pies y las palmas de sus manos y reptaba por sus extremidades hasta llegar al tronco. A continuación sintió cómo se estrujaba su vientre mientras el corazón palpitaba con una violencia capaz de retumbar en sus sienes. Sabía lo que venía después y cualquier resistencia era vana. Empezaba por sentir una mano helada agarrándolo por la nuca. Luego, uno de sus dedos de hielo conseguía abrirse paso entre los músculos de su cuello para originar una corriente gélida entre la columna y la base del cráneo. Así llegaba el frío al cerebro y una vez dentro comenzaba a expandirse congelándolo todo a su paso. También llegaba la nieve a sus ojos y lo que veía acababa por escarcharse entre destellos blanquecinos. Por último escuchó el zumbido de un insecto alado, gigante e invisible, capaz de devorar la realidad de su entorno a base de dar vueltas y más vueltas alrededor de su cabeza. Después, todo blanco. Después, todo negro. Después, nada.

§

Ha vuelto a llegar el aire a sus pulmones. Los parpados se abren. Hay claridad pero no visión. No es un despertar, es la angustia por recuperar la consciencia. Su mente asciende trabajosamente desde una sima abisal. A la salida, a contraluz, un corro de cabezas sin rostro. Las facciones comienzan a perfilarse. Ojos grandes, narices pequeñas. Bocas moviéndose sin emitir sonido alguno. Siente presión en la nuca, en la espalda, en las piernas. Por fin recupera el sentido del equilibrio: está tendido en el suelo. Escucha voces pero no palabras. Hay niños mirándolo y hablando en torno a su cuerpo tendido. No reconoce a ninguno. No entiende nada de lo que dicen. De repente, un nombre: Viajero. Así lo llaman los nómadas. Los nómadas del desierto. Su cuerpo descansa en la arena. En el desierto. No eran los niños de su pueblo, no eran los niños del Valle; eran Nagüel, Luna y Toro los que hablan sin quitarle la vista de encima.

“Ves como no estaba muerto”, dijo Toro mientras Sendero se incorporaba.

“Yo no he dicho que estuviera muerto, lo que he dicho es que no andaba durmiendo. Ya le había pasado antes”, le explicó Nagüel.

“¿Dónde vas?”, preguntó Luna al ver que el Viajero comenzaba a andar hacia lo que antes era la orilla del río. No respondió, pero los niños lo vieron dirigirse cautelosamente hacia uno de los muchos árboles que en tiempos mejores habían formado la vereda.

Sendero llegó hasta donde instantes antes de perder la consciencia se había erguido la sombra. Delante de él no había más que un árbol seco, casi petrificado por el paso del tiempo. Quizás lo que antes había visto no era más que uno de aquellos árboles que franqueaban el cauce del río. Se acercó hasta él y comenzó a recorrer su tronco con la palma de su mano para corroborar con el tacto lo que percibía con los ojos. Era posible que la luz difuminada por la capa de polvo le hubiera hecho ver brazos en lugar de ramas. Había que estar muy cerca de los objetos para verlos con nitidez. Lo más normal era que aquella luz traicionera le hubiera hecho ver lo que no era.

Quién era o qué era lo que no había llegado a tener delante de él era algo que desconocía por completo. Tampoco sabía de dónde salía aquel pánico ni por qué acababa desmayándose, ni su relación causa-efecto, solo tenía claro que una cosa siempre acompañaba a la otra. Le había ocurrido unas cuantas veces, pero nunca le había querido dar excesiva importancia. Al recuperar la consciencia, siempre le faltaban ganas, fuerzas y valor para ponerse a analizar lo que le había ocurrido. Se trataba además de una experiencia desagradable y evitaba recordarla. Además, si alguna vez había tratado de indagar en el origen de sus pérdidas de consciencia, siempre acababa dando con un muro que le impedía el paso. Inevitablemente, tendría que derribarlo si quería acceder a la porción de memoria que ocultaba tras de él. Allí estaban escondidos ciertos recuerdos a los que tendría que enfrentarse y sabía que la sombra se ocultaba entre ellos. Quizás el encontrarse con ella también lo ayudaría a iluminar el resto de las áreas de su memoria que aún permanecían en penumbras. No hay sombra sin sol, solía decir su gente. Paradójicamente, todo indicaba que fue la falta de sol la que hizo aparecer a la sombra donde solo había un árbol. Tras esta pobre reflexión, arrancó una rama de aquel árbol, miró hacia abajo, alisó las ondulaciones de la arena con el pie y comenzó a surcar su superficie con la vara de madera.

Primero una figura con forma de serpiente, a su lado, un círculo y al lado de este, un triángulo al que le faltaba el último lado por pintar. Luna vio estos símbolos dibujados en la arena cuando llegó al lado del Viajero.

“¿Qué haces?”, le preguntó la niña.

El Viajero pareció ignorarla y continuó trazando figuras con la punta de la rama: el mismo triángulo incompleto, una sonrisa sin cara y luego dos símbolos más a continuación compuestos de líneas que subían, bajaban y se cruzaban.

“¿Qué andas dibujando?”

“Dibujo sonidos. Los sonidos de las palabras. Ahora acabo de dibujar tu nombre”. Y comenzó a repasar los surcos al tiempo que pronunciaba en voz alta. “Lu-na”.

“¿Me dejas a mí?”, dijo a la vez que cogía el palo con una de sus pequeñas manos. “Lu-na”, pronunció mientras destrozaba los surcos que antes formaban su nombre. “¿Puedo otra vez? Lu-na. Lu-na”. Cuanto más repetía el gesto, más se excitaba la niña y más irreconocibles eran los surcos originales. “¡Eh!, ¡Nagüel, Toro! Mirad cómo dibujo mi nombre”.

“Pues lo dibujas muy mal”, dijo Nagüel en absoluto impresionado con los trazos en la arena. “A ver, déjame a mí”, reclamó arrebatándole la rama de las manos. “Luna se dibuja más o menos así”. Y con gran pericia dibujó una luna menguante a la que luego le añadió un ojo y una nariz.

“¡Qué listo! Pero tú no has dibujado los sonidos como hace el Viajero”, protestó la niña.

“Los sonidos no se pueden dibujar. Es como los olores. Solo se puede dibujar lo que se ve”, sentenció Nagüel.

Luna miró al Viajero ligeramente decepcionada. Este reaccionó arrebatándole la vara a Nagüel para volver a surcar la arena. Iba pronunciando el nombre del niño mientras trazaba los símbolos.

“Acabo de dibujar los sonidos de tu nombre”, dijo Sendero clavando el palo en la arena a modo de punto tras el nombre.

“Yo también sé hacer eso”, dijo Nagüel a la vez que requería la vara con el brazo extendido y la palma abierta.

“Mira”. Una vez con la vara en su mano comenzó a surcar la arena al compás de las sílabas que formaban su nombre. “Na”, dijo mientras dibujaba un óvalo a modo de cuerpo, “gu”, continuó, adosándole un circulito simulando una cabeza en un extremo y una raya como cola en el otro, “el”, concluyó alargando el final de su nombre mientras dibujaba cuatro patitas. Luego le plantó un punto a modo de ojo. “¡Ahí lo tienes! ¿O no?”, preguntó casi desafiante.

“La verdad es que te ha quedado muy bien”, corroboró Sendero sin saber muy bien la relación entre el nombre del niño y el dibujo que había hecho.

“Pero los dibujos de los sonidos tienen que ser letras, como estas. No basta con cantar tu nombre a la vez que lo dibujas”. Sendero recuperó la vara con la intención de seguir escribiendo.

“Pues a mí me gusta más cómo dibuja Nagüel”, dijo Luna expresando su decepción con el sistema del Viajero.

“Y a mí”, corroboró Toro.

“A mí también me gustan más los dibujos de Nagüel”, concedió Sendero, “pero no todos sabemos dibujar tan bien como él. Tampoco todos tenemos nombres fáciles de dibujar”. Pero no caía en ningún nombre de nómada imposible de dibujar. Justo cuando iba a retar al niño para ver si era capaz de dibujar el nombre de Mira, intervino Toro.

“Eso, Nagüel, ¿cómo dibujarías tú el nombre de tu madre?”. Él también había estado repasando nombres.

“¿Tú puedes dibujar el nombre de mi madre, Viajero?”, preguntó Nagüel con genuina curiosidad.

“Una vez que aprendes a dibujar palabras puedes dibujar cualquier cosa”, contestó Sendero.

“¿Cómo se llama tu madre?”.

“Dulce”, contestó rápidamente el niño.

“Ahí lo tienes”, dijo Sendero triunfante cuando lo terminó de escribir en la arena.

“Y tú ¿cómo sabes eso?”, preguntó el niño aún incrédulo.

“Me lo enseñó el Viejo. Él me enseñó a dibujar los sonidos de las palabras, me enseñó a escribir”. Ahora apuntaba con la punta de la vara a las letras del nombre de Luna. “Esta es la úl-

tima letra del nombre de Luna. Es la *a*. ¿Lo veis?”, explicó repasando lo que había quedado de la palabra. “Es la primera letra que se aprende”.

“¿Puedes dibujar tu nombre, Viajero?”, preguntó Nagüel.

“A dibujar letras lo llamamos *escribir*”, lo corrigió Sendero. “Se puede escribir todo lo que se pueda decir”. Al acabar Sendero de escribir su nombre en la arena, sintió que al trazo sinuoso de la primera letra de su nombre le faltaba algo.

“¿Me puedes enseñar?”. Nagüel se había ido fijando en la colección de símbolos en la arena. Ahora ya mucho más serio le suplicaba con la mirada al Viajero.

“Claro, para eso estoy yo aquí, para enseñaros a escribir”, dijo Sendero incapaz de encontrarle sentido a la inquietud que le producía aquella letra. “Esta primera es la *ese*”. Pero, en lugar de repasar su trazo como había sido su intención inicial, colocó la punta de la rama en un extremo de la *ese* y surcó la arena con una línea recta cortándola por la mitad para acabar en el otro extremo de la letra. Sendero, algo más tranquilo, se quedó unos instantes reflexionando ensimismado.

“¡Viajero!, vamos a acampar aquí”. Apenas se veía, pero Sendero supo reconocer la voz fuerte y sin estridencias de Barbarroja. “Deja de jugar con los niños y ayúdanos a montar la porqueriza”.

Se incorporó de inmediato con la intención de dirigirse en la dirección marcada por la voz. Como el polvo en suspensión solo permitía ver con claridad lo que estaba en las proximidades, no vio ni a Barbarroja ni la porqueriza en construcción. Sí pudo ver que alguien más se había acercado discretamente hasta ellos y en aquellos momentos estaba mirando con detenimiento las palabras escritas en la arena.

Mira no había presenciado toda la conversación y desconocía qué eran aquellos misteriosos trazos en la arena. Alguna vez se habían encontrado en su camino símbolos semejantes, pero ignoraban su origen y nunca les habían dado la menor importancia. Ahora acababa de escuchar al Viajero decirle a Nagüel que le iba a enseñar a hacerlos. Parecía la entrada a un mundo nuevo cargado de misterio y ajeno por completo al universo de los nómadas. Justo cuando iba a tratar de averiguar en qué consistía todo aquello, uno de los surcos en la arena acaparó su atención. Ella había visto antes ese camino serpenteante al que una línea recta cruzaba por la mitad. Estaba grabado en el colgante que reposaba en la mano de Caradeplata cuando lo encontraron muerto en lo alto del cerro. A Caradeplata nunca le había visto tal objeto, pero tampoco tenía la certeza de que fuera de la persona que en aquellos momentos yacía inconsciente a su lado. Solo cuando abrió la mano del cadáver, pudo examinar el dibujo que tenía el colgante grabado en el barro. Ahora volvía a ver un símbolo idéntico plasmado en la arena por la mano del Viajero. Conocer el sentido de aquella hilera de signos podía esperar; lo primero era averiguar el significado del símbolo plasmado en el colgante.

“Barbarroja, dile a Caratriste que te ayude él con los cerdos”, gritó Mira.

“El Viajero tiene que explicarme una cosa. Ven conmigo”, dijo dirigiéndose a Sendero tras cogerlo del brazo. Una vez rota la barrera física, el agarrarlo y conducirlo para reforzar la orden se había convertido en algo natural. “El resto, conmigo también”, dijo después dirigiéndose a los niños.

Volvieron todos en dirección a la tienda. Mientras los niños se quedaron a ver cómo llevaban a los marranos a la porqueriza, Mira dirigió a Sendero hacia el interior de la tienda. Una

vez dentro lo llevó del brazo hacia el rincón donde almacenaban los hatos. Se podía adivinar por la forma lo que guardaban algunos de ellos: patatas, vasijas, piezas secas de cerdo... Mira cogió un hatillo de contenido incierto y comenzó a desanudarlo. Los picos fueron cayendo al suelo para descubrir una serie de objetos que Sendero no reconoció de inmediato como suyos: una mochila, un amuleto y un cuchillo. No se atrevía a tocarlos, pero los examinaba desde la distancia. Estaban todos ellos manchados de polvo, barro y una pátina marrón rojiza. Cuando Mira volvió a ver la sangre seca sobre los objetos, regresaron a su mente las imágenes de dos cuerpos ensangrentados yaciendo en el suelo; un cadáver y otro sin ninguna posibilidad de sobrevivir si lo hubieran dejado a su suerte. Aunque todo apuntaba al Viajero como el autor de la muerte, no se le cruzó ni por un instante sentenciarlo a morir abandonado. Mira buscaba ante todo justicia y no existían atajos para conseguirla. Sabía que el camino de la verdad no seguiría una trayectoria recta, sino que iba a encontrar bifurcaciones, vericuetos y giros inesperados. Debía andar con cuidado si no quería perderse.

“No hemos movido nada”. Mira fijaba su vista en la cara del Viajero, trataba de intuir lo que se le estaría pasando por la cabeza. Luego comenzó a seguir con sus ojos allá donde miraban los del Viajero. En cuanto se detuvieron en el colgante, la pregunta de Mira saltó como un resorte. “¿Es tuyo?”

“Sí”, respondió Sendero sin dudar. Recordaba haberlo tenido alrededor de su cuello, recordaba haberlo tenido en sus manos, recordaba el símbolo que había en una de sus caras. “También el cuchillo y la mochila. ¿Dónde lo encontrasteis?”

“El cuchillo, en el charco de sangre en el que yacía Caradeplata; y el amuleto lo tenía entre sus dedos. Supongo que no me puedes explicar cómo llegó hasta sus manos”.

“No sé ni cómo ni cuándo lo perdí. Pero eso no quiere decir que...”. Unos dedos delante de sus labios bastaron para cortar el discurso de Sendero. Más que la autoridad del gesto, lo hizo callar la sorpresa y el creerse por un instante que aquella mano no se detendría hasta encontrarse con la boca que pretendía acallar. No hubo contacto, pero se paró a una distancia lo suficientemente cerca de sus labios como para sentir el calor de su piel; o al menos para imaginárselo.

“No te he traído aquí para hablar de lo que ocurrió en el cerro, sino de la marca del colgante”. La mano ahora reposaba con familiaridad en el hombro de Sendero. “Antes andabas dibujando en la arena para los niños. Uno de tus dibujos es como el de tu colgante”. Cogió el colgante, lo hizo reposar en la palma de su mano y, con uno de los dedos que antes se había quedado a escasa distancia de sus labios, Sendero vio cómo repasaba el trazo que adornaba el colgante.

“Lo que dibujaba en la arena a los niños se llaman *letras*. Les explicaba que el Viejo me enseñó a dibujar el sonido de las palabras y cómo leer las letras que otros habían dejado escritas. La letra que viste dibujada y que se parece a la marca de mi colgante es la *ese*”. Y repasó sin tocarlo el surco de la pieza de barro que Mira ahora tenía en la palma de su mano.

“Entonces, ¿el dibujo de tu colgante es una de esas letras?”. Las preguntas se agolpaban en la cabeza de Mira. “Espera, ¿qué son las letras?”

“Cada letra representa un sonido, si sabes cómo usarlas, puedes hacer que las palabras no se las lleve el viento. El Viejo...”

“Luego”, lo cortó Mira muy a su pesar, pues le intrigaba sobremanera lo que le había empezado a contar el Viajero. Antes de nada, deseaba averiguar cuanto pudiera de aquella pieza de barro que Caradeplata tenía en sus manos en el momento de morir. “Háblame primero del símbolo del colgante. ¿Es una de esas letras?”

“La marca del colgante no puede ser una letra. El colgante viene del Valle y en el Valle no se conocen las letras. Es algo prohibido. La...”. Mira lo miraba dándole a entender que no empezara a divagar con la Costumbre. “La marca del amuleto representa un camino que serpentea, un sendero”.

“¿Y la raya que lo cruza?”, preguntó curiosa.

“La raya que lo cruza marca la entrada de la salida”. Las palabras salieron como un resorte por la boca de Sendero sin que él fuera totalmente dueño de ellas.

“No me vengas con acertijos, Viajero”. Las palabras y el tono de misterio habían producido un extraño efecto en Mira. Había ladeado la cabeza ligeramente y miraba a Sendero como si este la estuviera incitando a jugar.

“No es ningún acertijo”, dijo Sendero con cierta rudeza. Desconocía el significado de aquellas palabras que habían aflorado sin apenas esfuerzo del entramado de su memoria, pero tenía muy claro que eran ciertas y certeras. También que llegado el momento sabría entender su significado completo. “No estoy tan loco como para jugar a los acertijos contigo”, dijo para luego ponerse a observar con detenimiento el efecto de sus palabras.

“Claro que no, Viajero”, replicó tratando de contener una media sonrisa y sorprendida con la soltura con la que le estaba contestando el Viajero. “¿Qué quiere decir entonces que la raya marca la entrada de la salida?”, retomó Mira con seriedad. Eran muchas las cosas que le tenía que explicar el Viajero y de momento sus respuestas solo conseguían alimentar su intriga.

“No lo sé exactamente. Solo que llegado el momento sabré hacer uso de ello”, respondió con convicción.

“¿Cómo andas tan seguro? ¿Quién te vino con el significado de la marca?”.

“No recuerdo que me lo dijera nadie en concreto, es algo que sé”.

“Pero de algún lado tendrán que venir esas palabras”.

“No creas. Escucha: el sol siempre sale por el mismo lugar, la luna siempre nos muestra la misma cara, las estrellas...”. Sendero dejó de hablar para invitar a Mira a completar la frase.

“Las estrellas siempre marcan el mismo camino”, continuó Mira. En efecto, no recordaba a su padre haberle dicho jamás unas palabras que se habían impregnado en su memoria tras años de aprendizaje. “No es lo mismo”, protestó, “la entrada de la salida no tiene ningún sentido”.

“Que las estrellas marquen un camino tampoco tendría ningún sentido para mí si no me hubiera cruzado con vosotros, los nómadas”.

“Pero yo te puedo enseñar cómo marcan el camino, noche tras noche. ¿Me puedes tú enseñar qué es lo que marca la raya de tu amuleto?”.

“No. Solo cuando llegue el momento seré capaz de enseñártelo. Aunque es posible que ese momento nunca llegue...”, dijo Sendero para luego quedarse con la mirada perdida.

“La raya que cruza tu amuleto es muy parecida a la que cruzaba tu dibujo en la arena”, dijo Mira intentando dar un rodeo. “¿Significa algo?”. El tono de Mira no tenía nada de inquisitorial. Su pregunta era un genuino intento de ayudar a recordar al Viajero porque, si bien no

parecía estar tratando de ocultarle nada, le daba la impresión de estar chocando contra un muro. El gesto de desconcierto en la cara del Viajero era reflejo de las dificultades que tenía para acceder a ciertos recuerdos. “Es algo que acabas de hacer, algún sentido llevará”.

“Es verdad que el dibujo del amuleto parece una *ese* cruzada por la mitad”, dijo pensativo Sendero mirando el colgante. Pero las letras se las enseñó el Viejo y el amuleto venía del Valle. Había algo ciertamente incongruente. “Una letra por sí sola no significa nada”, dijo tratando de contestar a Mira. “Es solo un sonido, tiene que ir con otras letras para tener sentido. Era lo que les enseñaba a los niños en la arena, cómo formar palabras con la letras. A escribir. Así conseguimos que lo que decimos no se pierda en el tiempo. Ya te enseñaré cómo se hace. A ti y a los que queráis aprender a leer y a escribir”.

“Para que a nuestras palabras no se las lleve el viento”, añadió Mira recordando las palabras del Viajero. “Ten por seguro que las letras que has dibujado en la arena ya las ha borrado el aire”.

“Las letras también se escriben en la roca, en el barro, en la tela, o...”, Sendero cayó en la cuenta de algo y miró a la nómada haciéndola partícipe del hallazgo. “O en la piel”.

“¿En la piel? ¿Como un tatuaje?”.

“Sí, una letra tatuada en la piel”. Más que hablar, el Viajero parecía estar recordando en voz alta.

“¿Una letra?”, preguntó Mira aprovechando su estado.

“Una *ese* tatuada en la piel”. Sendero se llevó la mano al cuello de manera instintiva.

“¿Cuál es exactamente el dibujo de la letra *ese*?”, preguntó Mira sin percatarse del gesto, pues en esos momentos examinaba el dibujo de la pieza de barro.

La pregunta de Mira no solo hizo salir a Sendero de su ensimismamiento, sino que lo hizo reaccionar de una manera muy extraña. No fue exactamente el tono de su voz ni la suavidad con la que dijo aquellas palabras, tampoco la manera en que lo miraba ni la intensidad con la que brillaban sus pupilas... fue algo más, tal vez notar un cambio en el tono de la piel de sus mejillas, o sentir un ligero incremento en el calor que desprendía, o inspirar aquella esencia de su cuerpo, que había recorrido el aire que los separaba; o más probablemente la conjunción de todo lo anterior fue lo que rebajó el raciocinio de Sendero a sus cotas más primarias. Por eso fue capaz de actuar sin reflexionar para agarrar la mano libre de Mira. La rapidez y brusquedad del movimiento cogieron a Mira completamente desprevenida. Ella se sobresaltó al sentir cómo el Viajero agarraba su muñeca, pero Sendero no apreció reacción alguna. Por eso continuó manipulando sin pudor el brazo para estirarlo y rotarlo de tal manera que el dorso de la mano de Mira reposara sobre la palma de su propia mano. La resolución del gesto de Sendero fue tal que fue incapaz de notar tensión alguna en el brazo de la nómada. Sin embargo, Mira sí que puso una débil y fugaz resistencia a ser manejada de aquella manera. Si bien Sendero fue ajeno a cualquier tipo de oposición previa, sí notó una repentina relajación muscular en el brazo que había estado manipulando a su antojo en cuanto tuvo la mano de Mira donde quería. Para cortar el progreso de una serie de pensamientos censores agolpándose en su cabeza, se concentró en trazar la letra en la mano de Mira. Mientras su dedo iba recorriendo los accidentes de aquella mano, cruzando las líneas que surcaban su piel y remontando los montículos de su palma, creyó sentir las vibraciones producidas por el roce de

su yema. En aquellos momentos lo único que le importaba a Mira era seguir con atención la trazada del dedo en su palma, fue después cuando recapitó sobre la osadía del Viajero.

“Con la *ese* se dibuja el sonido *sss*”, explicó Sendero.

“La *ese*”, repitió Mira cuando se soltó con cierta brusquedad de la mano del Viajero. Luego ella misma recorrió con su índice idéntico camino en su mano y, tras colocar el colgante en la palma de su mano, pudo comprobar la similitud de ambos trazos.

“Sí. La *ese* de sol, de sueño, de soledad”.

“¿La *ese* de Sendero?”, preguntó señalando el colgante; cada vez resultaba más evidente que ambos trazos eran idénticos. Luego dirigió su mirada a los ojos del Viajero y allí permaneció clavada hasta que Sendero bajó de la nube en la que estaba para responder a aquella pregunta cargada de suspicacia.

“O la *ese* de salida...”, añadió Sendero dubitativo. “Pero tiene que tratarse de una casualidad. Si el colgante es del Valle, su dibujo no puede ser una letra, ya te lo he explicado”.

“No quiero que me lo expliques, quiero que nos lo cuentes”.